

Selección

TERROR

RAY LESTER

EL CADAVER ESTÁ CON NOSOTROS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

RAY LESTER

EL CADAVER ESTA CON NOSOTROS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 261
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 46.985 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

PROLOGO

Medalla de Honor del Confieso concedida a título póstumo al soldado Eddie Durry, por su heroica muerte en Vietnam defendiendo a la patria. Reciban ustedes...»

Aquellas palabras permanecían como grabadas a fuego en la mente del erguido Harold Durry mientras observaba con ojos húmedos el aproximamiento del convoy a la estación.

Al borde del andén, a su lado, se encontraban su esposa Helen y sus dos hijas. Los Durry ocupaban un lugar preferente.

Junto a ellos, flanqueándolos con semblantes graves, se hallaban el alcalde Osborn y el sheriff Vance.

Podía decirse que todos los habitantes de Pretty Village se encontraban en la estación del ferrocarril para rendir un último homenaje de orgulloso respeto a los restos mortales del héroe local. El propio Nixon había prendido días antes la Medalla de Honor del Congreso en la tapa forrada de la pequeña caja que contenía las cenizas del heroico soldado Eddie Durry.

Y sus conciudadanos se sentían orgullosos de Eddie.

Por eso, cuando el tren se detuvo y la caja envuelta en una flamante bandera de barras y estrellas fue bajada ceremoniosamente, un creciente murmullo se elevó de entre la muchedumbre que ocupaba el andén. Fueron muchas las personas que se echaron hacia adelante con deseos de no perderse ni el menor detalle del acto.

Algunos hombres carraspearon aclarándose la garganta.

Harold Durry tuvo que rodear con el brazo los hombros escuálidos de su esposa y atraerla cariñosamente. Ella no pudo evitar que las lágrimas resbalaran mansamente por sus mejillas con la cabeza apoyada en el pecho de su marido.

En más de una garganta brotó con entusiasmo incontenible el nombre de Eddie Durry. Luego se hizo un silencio impresionante entre los reunidos y la caja conteniendo las cenizas del héroe local fue trasladada a un viejo vehículo militar que debían conservar en Pretty Village desde la guerra civil. Allí quedó oculta bajo dos grandes coronas de flores rojas y blancas.

El tren empezó a moverse saliendo lentamente de la estación. Entonces se formó una solemne comitiva.

El vehículo militar fue conducido a un extremo del andén y varios jóvenes lo hicieron descender por una rampa de cemento no demasiado empinada. El alcalde, Brian Osborn, hizo una muda indicación a los miembros de la familia Durry para que se situaran inmediatamente detrás del vehículo que portaba los restos mortales.

Luego, él mismo se situó tras los Durry, acompañado del sheriff Vance y otros ciudadanos importantes del pueblo. La muchedumbre se puso en movimiento formando una larga comitiva. Cuantos habían acudido a la

estación, la abandonaban ahora con un sentimiento de respeto y admiración hacia el héroe nacido en Pretty Village.

Se dirigieron a un promontorio cercano donde se ubicaba el cementerio de la pequeña población.

La ceremonia de dar sepultura a los restos del soldado Eddie Durry resultó emocionante en extremo. El alcalde pronunció unas palabras llenas de exaltación y Harold Durry tuvo que sostener a su esposa que a duras penas se mantenía derecha.

Las hermanas de Eddie, Chris y Virginia, asistían con extraordinaria serenidad a los actos del sepelio. La primera de ellas, de veinte años de edad, era una muchacha de bonitas facciones y cuerpo esbelto de turgentes sinuosidades juveniles. Tenía los cabellos rubios y sus ojos azules poseían una mirada cándida, carente por completo de picardía.

Virginia, o Genny, como la llamaba su familia, sólo contaba trece años. Era una niña extraña, siempre lo había sido. Resultaba más bien baja para su edad y su rostro carecía de expresión. Nunca trató de congraciarse con nadie y sus ojos oscuros parecían poseer la profundidad de un abismo insondable.

A Genny Durry jamás se le había conocido amiga alguna.

Todos los habitantes de Pretty Village y en primer lugar sus familiares, estaban habituados ya al extraño aislamiento voluntario a que se sometía la niña. Consideraban a Genny como una introvertida imposible de corregir.

En aquellos momentos, si alguien se hubiera fijado atentamente en la pequeña Genny, se habría percatado que no era serena resignación ante la desgracia lo que reflejaba su semblante. En realidad permanecía abstraída, encerrada en sus propios pensamientos, ajena a cuanto la rodeaba.

Para ella no contaba aquel funeral.

Sus ojos siguieron con ausente frialdad cuanto acontecía a su alrededor. Vio con rostro impenetrable cómo era introducida en la fosa la caja conteniendo las cenizas de su hermano Eddie, cómo las personas congregadas en torno a ellos musitaban una plegaria, cómo el alcalde exaltaba los valores espirituales de Eddie...

Y finalmente, cuando la tumba fue recubierta y las coronas de flores depositadas sobre la tierra removida, escuchó con idéntica frialdad los oficios llevados a cabo por el reverendo Martin.

Todo había terminado.

Pero Genny continuó inmóvil hasta que su hermana Chris le pasó el brazo por los hombros y musitó:

—Vámonos a casa, Genny.

El alcalde Osborn puso su coche a disposición de los Durry, ofreciéndose a llevarlos de regreso al pueblo. Y él mismo sujetó amablemente del brazo a Helen Durry, ayudando a su esposo a introducirla dentro del vehículo. Luego se sentó tras el volante y los condujo personalmente a la casa en que vivían.

La vivienda de los Durry formaba parte de una serie de casitas de dos plantas rodeadas de un pequeño jardín. Habían sido construidas en una zona

nueva del pueblo y la empresa que se encargó de hacerlas quiso dar cierto aspecto residencial al grupo de casas.

Brian Osborn entró con los Durry al amplio salón de la vivienda situado en la planta baja. Una vez dentro de la casa, acabó de derrumbarse moralmente Helen Durry. Se dejó caer en un sillón y lloró desconsoladamente.

Entonces se sintió molesto el alcalde Osborn y se dijo que ya nada tenía que hacer en casa de los Durry. Carraspeó murmurando unas palabras de disculpa y después de estrechar la diestra de Harold abandonó apresuradamente la vivienda.

La familia Durry quedó a solas.

Chris se agachó junto al sillón que ocupaba su madre y trató de calmarla hablándole con ternura. Mientras lo hacía, le cogió la diestra entre sus manos, apretándosela cálidamente.

Genny había tomado asiento en una silla situada en uno de los extremos del salón y se mantenía erguida, con los labios crispados y la mirada ausente.

Harold Durry pascó largos minutos de un lado a otro y finalmente acabó deteniéndose frente a su esposa. Titubeó unos instantes y luego alargó la mano, acariciándole los cabellos con torpe ademán.

—Ya está bien, Helen —pidió con voz ronca—. No devolverás la vida a Eddie por mucho que llores. En realidad..., debemos sentirnos orgullosos de él.

Su esposa siguió sollozando con la cabeza inclinada. Y después de unos segundos, musitó:

—era sólo un muchacho. Harold.

—Era todo un hombre, Helen —rebatió con súbita aspereza su esposo—. Eddie, como todo el que muere cumpliendo con su deber, tiene que ser un hombre en el más amplio sentido de la palabra. No todos los días se concede una Medalla de Honor del Congreso.

Hubo un corto silencio e intervino Chris, levantando la mirada a su padre:

—Eso no puede servirnos de consuelo, papá.

—¡Pues a mí, sí! —Replicó excitado su progenitor—. Lamento como vosotras la muerte de Eddie, pero me siento orgulloso de él. Puede que fuera un muchacho cuando salió de esta casa, en realidad lo son todos esos chicos que luchan por su patria en cualquier rincón del mundo. Sin embargo, saben morir como hombres cuando tienen que dar la cara. Es imposible ser norteamericano y no sentirse orgulloso de esos muchachos.

De ordinario. Helen Durry era una mujer sumisa, que rara vez levantaba la voz. Pero ahora, escuchando hablar a su esposo, no pudo reprimir una sacudida de ira.

—¿Cómo puedes hablar como uno de esos políticos a los que tanto desprecio? Nuestro Eddie ha muerto y ninguna condecoración va a devolvérnoslo —hizo una corta pausa Helen Durry y en seguida agregó enfáticamente— Dar la vida en Vietnam no es morir por la patria.

Harold Durry permaneció mirando en silencio a su esposa unos instantes.

Luego empezó a decir en tono pausado:

—En cualquier parte del mundo se puede morir por la patria, querida. Eddie ha dado su vida en defensa de los derechos humanos. No importa el lugar donde ha va sido. Y tampoco que esa gente tenga la piel negra, amarilla o blanca... Nuestro prestigio está empeñado en esas tierras y sólo hombres como Eddie pueden conseguir que no sea mancillado. Cuando la patria necesita a sus hijos...

El padre del héroe guardó silencio súbitamente. Le faltaron palabras para seguir hablando.

Su esposa lo estaba mirando incrédulamente y transcurridos unos segundos, sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Tú no puedes creer lo que estás diciendo, Harold. Es imposible que sientas lo que dices.

Harold Durry se pasó la diestra por el rostro sudoroso y se aproximó a un sillón. Miró largamente a su esposa y de pronto tomó asiento dejándose caer pesadamente.

Inclinando la cabeza empezó a decir en tono patético:

—¿No te das cuenta que necesito creerlo, Helen? Eddie ha muerto por su patria y su patria somos nosotros. Detrás de esa palabra están todos los habitantes de Pretty Village. El lechero que cada mañana deja en la puerta las botellas, el repartidor de periódicos, nuestro amigo Van Camody y su familia, los demás vecinos .. Decir que Eddie ha muerto defendiendo a la patria es como decir que ha muerto por todos ellos, y por nosotros.

Después de las palabras de Harold Durry hubo un largo silencio.

En los ojos de la pequeña Genny hubo un destello. Dio la impresión de que algo ardía en las profundidades de las oscuras pupilas.

CAPITULO PRIMERO

Dos meses más tarde...

Hacía una mañana de auténtico verano.

Invariablemente, corno cada día. Helen Durry se levantó a las siete y media en punto. Preparó el desayuno de la lamilla y llamó en primer lugar a su esposo. Esperó a que éste estuviera listo del cuarto de baño y entonces despertó a sus hijas.

Tres cuartos de hora más tarde se quedaría sola. Como siempre.

Harold se marcharía al Banco, Chris a la boutique y Genny a la academia. Ella se quedaría de nuevo a solas con su recuerdo. Porque en Helen Durry la muerte de su hijo Eddie seguía tan latente como aquel fatídico día que recibieron el comunicado oficial.

Aquella mañana la invadía un extraño desasosiego.

Una espantosa pesadilla se había repetido por dos veces durante la noche. Un cuervo gigantesco se posaba en el tejado de la casa y cuando intentaba ahuyentarlo, el enorme pajarraco la llamaba lastimeramente por su nombre. Ella se quedaba paralizada de terror y en la cabeza del animal aparecía el semblante de Eddie.

Un rostro horriblemente crispado por un intenso odio.

—¿Quieres pasarme la mermelada, querida?

Helen no escuchó a su esposo. Ni siquiera se había dado cuenta que ya estaban desayunando. Pasaron largos segundos hasta que salió de su abstracción y tendió el bote de la mermelada en silencio. Entonces observó que Harold y Chris la estaban mirando con evidente aire de preocupación. Genny daba la impresión de hallarse a mucha distancia de allí. Permanecía taciturna, ajena a todo cuanto la rodeaba.

Finalmente, después de unos instantes de silencio, empezó a decir en tono de falsa jovialidad Harold Durry:

—Hoy pienso enfrentarme al ogro. Será mejor que me deseéis mucha suerte.

Con sus palabras intentaba desviar los pensamientos de su esposa, pero ésta continuó impasible, encerrada en sí misma, como si el comentario no la afectara en absoluto.

Y Chris tuvo que preguntar:

—¿Qué es eso de enfrentarte al ogro, papá? Harold Durry esbozó una leve sonrisa.

—Esta mañana entraré en el despacho del director y le pediré aumento de sueldo. Y esta vez no puede negarse a concedérmelo. La verdad es que lo tengo bien ganado. ¿Qué opinas tú, Helen?

Su esposa fue escueta en la respuesta:

—Creo que tienes razón.

—Claro que tengo razón —exclamó él, tratando de animarla—. Estoy

desempeñando la tarea de Morgan y todos los problemas se resuelven satisfactoriamente. El ogro no puede ignorar eso, porque es digno de tenerse en cuenta. No pienso conformarme con menos de cien al mes.

Hizo un breve inciso y a continuación preguntó:

—¿No te parece justo, Helen?

La mujer encogió levemente los hombros.

—No entiendo demasiado de esas cosas, Harold.

—Vamos, vamos —torció el gesto su marido—. Mc gustaría saber hasta dónde puedo llegar en mis pretensiones. En otras ocasiones me has ayudado con tu opinión.

Helen Durry guardó silencio.

Y viendo que la pausa se prolongaba, intervino Chris:

—Papá tiene razón. Deberías expresar tu opinión.

—Esta mañana no tengo ánimos para nada —se excusó Helen Durry mirando fugazmente a su hija—. He pasado una mala noche y me encuentro acotada.

—No te pido un esfuerzo físico, Helen —insistió Harold Durry—. Sólo que me digas tu parecer.

Ella levantó la cabeza y posó una suplicante mirada en el rostro sereno de su "esposo.

—Por favor, estoy exhausta. Pienso acostarme un rato cuando os marchéis.

Chris sostuvo en el aire la taza de leche y miró por encima de ella a su madre.

—Puedo quedarme en casa si no te encuentras bien —ofreció, escrutándole el pálido semblante—. Sólo tengo que telefonear. En cuanto termine de desayunar...

—No... —se apresuró a negar Helen Durry—. No es necesario. Me encontraré bien si consigo dormir un poco.

En realidad deseaba quedarse sola. Con la muerte de su hijo se había producido un profundo vacío en ella y nada conseguía llenarlo. La soledad era su mejor compañera. No quería verse obligada a conversar ni .siquiera con su propia familia.

Quizá se estaba volviendo loca. Pero no le importaba en absoluto.

—Chris puede quedarse contigo, Helen —terció Harold Durry preocupado —. Siendo lunes, no habrá excesivo trabajo en la boutique. No importará que...

Su esposa sacudió la cabeza en terca negativa.

—No hace ninguna falta que se quede.

—Como quieras —accedió ceñudo el jefe de la familia—. Pero no dudes en llamarme al Banco si te sientes peor. Sabes que no tardaría en venir.

—Descuida.

Harold Durry se limpió los labios, dando por terminado el desayuno. Ya se disponía a incorporarse cuando escuchó que su hija Genny decía quedamente:

—Esta noche he visto a Eddie. Todos se quedaron de piedra.

Las palabras de la niña los dejó largos segundos inmóviles. Contemplaron

asombrados su rostro inexpresivo y el silencio se hizo interminable. Finalmente, sacudió la cabeza Harold Durry y reprendió con dura entonación:

—No me gusta esa broma, Genny.

La pequeña inclinó levemente los ojos.

—No he bromeado, papá. Eddie ha estado conmigo esta noche. Dijo que venía a...

—¡Basta, Genny! —Gritó su padre, cortándola con un brusco ademán—. Si continúas hablando, voy a tener que castigarte. No tiene ninguna gracia eso que dices.

La niña lo miró bastante asombrada.

—Pero... es cierto que lo he visto. Estuvo mucho ralo hablando conmigo y antes de irse me dio un beso.

Harold Durry crispó los maxilares.

Estuvo a punto de producirse un nuevo estallido de ira en él, pero intervino a tiempo su hija Chris, impidiéndolo:

—Eso no es posible, Genny —dijo, mirando serena a su hermana—. Eddie está muerto.

—Lo sé, Chris.

—Entonces también sabes que no puedes haberlo visto.

La niña inclinó la cabeza y guardó,, silencio unos instantes. Luego volvió a levantarla y clavó la mirada en su hermana.

—Eddie ha estado conmigo, Chris.

—Lo que estás diciendo es absurdo, Genny.

—Dicen que los muertos no se marchan de la tierra si al morir no han podido realizar su último deseo. He leído que...

Harold Durry pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Ya está bien, Genny!

Un pesado silencio gravitó sobre los reunidos. Durante largos segundos ninguno despegó los labios. Harold Durry se fue calmando lentamente y cuando estuvo más sereno fue junto a Genny y le pasó el brazo por los hombros.

El tono de su voz cambió por completo.

—Yo te diré lo que ha ocurrido, Genny. Esta noche has tenido una pesadilla y todo te ha parecido tan real, que crees haberlo vivido. Debes quitarte ese sueño de la mente.

La pequeña levantó la cabeza y miró a su padre.

—No estaba soñando, papá —dijo casi en un susurro—. Eddie me comunicó algo horrible.

Harold Durry dejó escapar un resoplido. Armándose de paciencia, empezó a decir:

—Procura olvidarlo, Genny. Estás sugestionada por la pesadilla hasta tal punto que todo te parece realidad. Hay ocasiones en las que un sueño horrendo queda grabado en nuestra mente durante mucho tiempo. Luego, cuando regreses de la academia, los hechos te parecerán distintos. Verás como

tengo razón.

La niña bajó la cabeza, evitando la mirada de su padre. Sin embargo, insistió:

—No ha sido una pesadilla.

Harold Durry apretó los puños furioso.

—Acabarás por exasperarme, Genny —advirtió secamente-—. Estoy teniendo mucha paciencia, pero todo tiene un límite. Si continúas insistiendo voy a enfadarme contigo.

Hubo un nuevo silencio.

Y de pronto lo rompió Helen Durry, preguntaba ante la sorpresa de Harold y Chris:

—¿De qué te habló Eddie, Genny?

La niña desvió los ojos hacia su madre.

—Eddie no descansa en paz, mamá —murmuró con un brillo inusitado en las pupilas—

. No puede...

Harold Durry levantó los brazos indignado.

—¿Crees que voy a consentir esta incongruencia? —Gritó a su mujer-—. Genny ha tenido una pesadilla y se encuentra muy afectada. Pero me parece estúpido seguir hablando de esto.

Helen Durry posó en él una suplicante mirada.

—Deja hablar a Genny, por favor.

—Eso no te hará ningún bien, Helen. Todavía no te has recuperado del todo y hurgar en la herida sólo conseguirá empeorar tu salud. Tenso que oponerme a que escuches fantasías morbosas. Debes comprender que lo hago por tu bien.

Su esposa se mordió el labio inferior y permaneció unos instantes silenciosa. Pero súbitamente, imploró con vehemencia:

—Por el amor de Dios, Harold. ¿No comprendes que necesito saberlo todo? Quiero que Genny me cuente lo que ha ocurrido esta noche. No sabes de qué forma lo necesito. Puede que sea una pesadilla, pero es preciso que conozca hasta el menor detalle de ella.

Después de una breve pausa, farfulló malhumorado Harold Durry:

—De acuerdo, Helen. Puedes hacer cuantas preguntas desees a Genny. Su esposa forzó una apagada sonrisa.

—Gracias, Harold.

—No tienes que dármelas porque no te hago ningún favor —replicó rudamente él—.

Vas a salir perjudicada.

Hizo un inciso y girándose a su hija menor, autorizó:

—Ya puedes empezar el relato de tu pesadilla, Genny.

La pequeña guardó silencio interminables segundos. Su familia llegó a pensar que estaba arrepentida de cuanto había dicho. No obstante, empezó a decir de repente:

—Eddie no puede descansar en paz porque hay muchas personas que tienen que morir. No es justo que él haya muerto y otros sigan vivos. Esa es la razón por la que ha matado esta noche a Van Camody. Cuando estuvo en mi habitación venia de hacerlo y...

—¡Esto es el colmo! —Estalló Harold Durry, perplejo—. Decir que Eddie ha matado a Van Camody es ir demasiado lejos, Genny. No te permito que digas más tonterías, ¿entiendes?

Chris llevaba mucho rato callada.

Cuando terminó de hablar su padre, se encaró a Genny mirándola al fondo de los ojos.

—¿Qué te propones con esta absurda mentira, Genny? Su hermana no respondió.

Se limitó a soportar impasible la mirada de Chris.

En eso sonó el carillón de la entrada y Harold Durry se dirigió a la puerta. Todavía con la indignación reflejada en el rostro, la abrió bruscamente.

En el hueco quedó enmarcado un hombre de unos veintiocho años. De fuerte complexión atlética y rostro de rasgos duros. Vestía uniforme de policía y enfundaba un revólver en la cadera. Sosteniendo el sombrero en la diestra, saludó:

—Buenos días, señor Durry.

Este miró un tanto sorprendido al hombre que tenía enfrente. Después de unos instantes respondió al saludo, y acto seguido, inquirió:

—¿Qué, te trae por aquí, Burt?

El sheriff Burt Vance titubeó ligeramente antes de decir:

—Tengo que hacerles unas preguntas, señor Durry.

—¿Unas preguntas? —Frunció las cejas Durry—. Ahora estoy muy ocupado, Burt.

—Procuraré ser breve.

—Está bien —suspiró resignado Durry—. ¿De qué se trata?

—Verá... —volvió a titubear Vance—. Esta noche ha muerto un vecino de ustedes y quisiera saber si han escuchado algo raro entre dos y tres de la madrugada.

Harold Durry se puso intensamente pálido. Haciendo un gran esfuerzo, pudo murmurar:

—¿Ha sido... Van Camody?

El sheriff Vance movió la cabeza afirmativamente.

—Veo que ya lo sabe, señor Durry.

CAPITULO II

—No es extraño que no se hayan enterado, a pesar de haber ocurrido en la casa contigua —fue diciendo el sheriff Burt Vance—. Estamos llevando la investigación discretamente por deferencia a la señora Camody. El juez llegará de un momento a otro para proceder al levantamiento del cadáver.

—¿Y dices que Van se cayó del tejado de la casa?

—Eso parece según todos los indicios, señor Durry.

—Entonces... no ha sido un asesinato. Vance arqueó las cejas, extrañado.

—¿Por qué había de ser asesinato, señor Durry?—El sheriff hizo una breve pausa y agregó—: Claro que en estos casos nunca se puede descartar la posibilidad de un crimen. De todas formas lo aclarará el forense cuando haga la autopsia.

—Entiendo.

—En mi opinión, se trata de un accidente —siguió Vance—. Sin embargo, hay algo que no acabo de comprender. ¿Qué diablos estaba haciendo Camody en el tejado de su casa entre dos y tres de la madrugada? Es bastante raro.

—Desde luego.

—¿I-es habló Camody en los últimos días de hacer alguna reparación en el tejado? Harold Durry paseó la mirada por sus familiares y ante el silencio de éstos, respondió:

—No, Burt.

El representante de la ley se masajeó el mentón pensativo.

—De todas formas... —Hizo un corto inciso y luego agregó—: Me parece absurdo subir a un tejado y ponerse a repararlo de madrugada. Eso me tiene obsesionado. ¿Están seguros de no haber escuchado ruido alguno durante la noche?

Harold Durry atirantó las facciones.

—¿Por qué habíamos de mentir, Burt?

—Perdone... —se disculpó Vance, pasándose la mano por la nuca—. Sabe que lo aprecio y no quisiera que me interpretara mal, señor Durry. Pretendo reunir el mayor número de datos posible sobre lo ocurrido y tengo que hacer preguntas.

Harold Durry dio una silenciosa cabezada.

Y como Burt Vance también guardó silencio, acabó preguntando:

—¿Quién descubrió el cadáver?

—Su esposa. Dice que anoche tomó un somnífero y no se despertó hasta las siete y cuarto de esta mañana. Le extrañó no encontrar a su marido en la cama y se puso a buscarlo en el piso inferior. Fue entonces cuando lo vio a través de una ventana. Se hallaba de bruces sobre las baldosas de la parte posterior de la casa. Bajo su cabeza había un gran charco de sangre. Nos avisó en seguida, pero no pudimos hacer nada por salvar, su vida. Van Camody tenía el cráneo roto.

Las mujeres de la familia Durry asistían impresionadas a lo que estaban hablando los dos hombres. A excepción de la pequeña Genny, que tenía el semblante inexpresivo. Después de las últimas palabras de Vanee, musitó Helen Durry:

—Ha tenido que ser horrible para Glenda.

El sheriff sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Se encuentra moralmente deshecha, señora Durry. Creo que si usted fuera a verla podría serle de gran ayuda.

Harold Durry inició una protesta:

—Helen no se encuentra bien hoy, Burt. No sé si... Su esposa levantó la mano interrumpiéndolo.

—Iré a verla, Harold —dijo, decidida—. Glenda es mi mejor amiga y necesita que este a su lado en estos momentos.

Antes de que Harold Durry pudiera hacer alguna objeción, se ofreció Vance:

—Puede venir conmigo si lo desea, señora Durry. Helen movió la cabeza afirmativamente.

—Estaré lisia en unos minutos, Burt.

—La esperaré.

Harold Durry aguardó a que su esposa subiera al piso superior, y dijo al sheriff:

—Yo también iré, Burt.

El representante de la ley vaciló unos segundos.

—Es mejor que se quede, señor Durry —dijo finalmente—. Ya le he dicho que llevamos discretamente la investigación de lo ocurrido. Su presencia podría des- portar sospechas.

Durry dejó escapar un gruñido de contrariedad.

—/A qué vienen tantas precauciones, Burt?

—La señora Camody nos ha pedido discreción.

—¿Discreción? —Se extrañó Durry—. No entiendo...

—Ella teme que pueda tratarse de un suicidio y quiere evitar el escándalo. Podemos complacerle por ahora.

Durry miró fijamente al sheriff y terminó asintiendo.

—Comprendo.

A continuación se hizo un silencio y lo aprovechó Burt Vance para preguntar:

—¿Le molesta que le haga una última pregunta, señor Durry?

—Adelante, Burt.

—Ustedes ignoraban la identidad de la persona que había muerto cuando yo vine a verlos. Sin embargo, no dudó en mencionar a Van Camody. ¿Cómo pudo adivinarlo?

Harold Durry no supo qué responder al joven sheriff. La pregunta inesperada lo había cogido por sorpresa. Tras un largo silencio acabó encogiendo los hombros y respondió en tono nada convincente:

—Fue... un vago presentimiento que no podría explicar. Los ojos de Burt Vance estaban fijos en su rostro.

—Ya.

* * *

—Todo ha sido una extraña coincidencia, Chris. No existen motivos para alarmarse.

—Me asustan esas coincidencias, papá.

—La transmisión de pensamientos se da con frecuencia en las personas. Por una misteriosa razón, Genny soñó la muerte de Van mientras este caía del tejado y se mataba. Eso es lo que ha sucedido.

Padre e hija se encontraban solos en el salón de la vivienda.

Helen se había ido con el sheriff Burt Vance y Genny se hallaba en su habitación por orden expresa de su padre. Aquel día la pequeña no iría a la academia. En realidad, toda la familia faltaría a sus obligaciones profesionales.

—Me impresiona la seguridad que tiene Genny de haber visto a Eddie —dijo Chris, rompiendo el silencio que se había establecido después de hablar su padre—. Para ella es como si lo hubiera vivido.

—Todo es fruto de la misma pesadilla, Chris.

—Puede ser —movió la cabeza dubitativa la muchacha—. Por un momento pensé que ibas a contarle el sueño de Genny a Burt.

Su padre la miró asombrado.

—¿Estás loca? Burt Vance pensaría que estoy chiflado si le cuento esa tontería.

—Para mí no es una tontería, papá. Genny sabía esta mañana que Camody había muerto durante la noche.

Harold Durry dio unos pasos por la estancia.

—Ha sido una extraña coincidencia y nada más —dijo—. Ya te he hablado de la transmisión de pensamientos.

—A pesar de eso, no deja de ser algo misterioso, casi sobrenatural.

—No hay que ir tan lejos en el asunto, Chris —recriminó su progenitor—. Y desde luego no tenemos que decir a nadie la pesadilla que ha sufrido Genny. Debe quedar entre nosotros.

* * *

Dos días después...

Chris Durry salió de su casa y echó a andar por la acera. Apenas llevaba caminados unos cincuenta metros cuando un coche aminoró la marcha hasta detenerse frente a ella.

Por la ventanilla asomó el rostro del sheriff Vance

—¿Puedo llevarte a la boutique, Chris?

La muchacha lo miró unos instantes y acabó esbozando una sonrisa.

—¿En el coche oficial, Burt?

—No tengo otro a mano.

—La gente podría pensar que me llevas detenida.

—¿Te importa mucho lo que pueda pensar la gente? Te suponía una chica moderna. Chris. Muy por encima de prejuicios.

La muchacha titubeó brevemente. Luego, dijo risueña:

—Acepto con una condición.

—¿Cuál?

—Que no me lleves hasta la misma puerta de la boutique. Ya conoces a la señora Harris.

Burt Vance dio una cabezada afirmativa.

—De acuerdo.

Chris subió al coche y Burt Vance lo puso en movimiento despegándolo de la acera. A continuación giró la cabeza y preguntó:

—¿Piensas ir el sábado al baile?

—Todavía no lo sé.

—Claro que irás —aseguró el sheriff—. Viene un conjunto de Memphis y dicen que el cantante es algo serio. Una especie de Frank Sinatra en sus buenos tiempos.

—No estoy segura de ir. La verdad es que me encuentro muy deprimida con lo que le ocurrió a Van Camody.

Vance sacudió la cabeza.

—Unos se van y otros vienen. Es ley de vida, Chris, el mundo no puede detenerse.

—Es lastimoso que tenga que ser así. El sheriff chasqueó la lengua.

—Mover un rato el esqueleto te levantará el ánimo. Y recuerda que le debes todos los bailes a la ley.

Chris se ladeó en el asiento, mirándolo.

—¿Vas a empezar otra vez, Burt? El joven se echó a reír.

—No voy a empezar porque todavía no he terminado. Todo el mundo sabe que estoy enamorado de ti como un becerro loco y tú te empeñas en ignorarlo. No hay derecho a que me hagas sufrir tanto, caray.

La muchacha compuso un mohín.

—¿Para decirme que continúas enamorado de mí me has hecho subir al coche?

—Sólo he querido recordártelo una vez más —respondió Vance—. Además de eso, deseo darte una información, Chris.

—¿Una información?

—Sobre la muerte de Van Camody precisamente —dijo el sheriff en tono más serio—. Anoche me entregaron el resultado definitivo de la autopsia.

Chris Durry se puso rígida en el asiento, a pesar del esfuerzo que hizo por controlarse. Transcurrieron largos segundos hasta que pudo dominar sus nervios y preguntar con simulada indiferencia:

—¿Dice algo importante?

—Sí —respondió tajante el sheriff—. Van Camody se suicidó. Chris respingó sorprendida.

Se quedó unos instantes silenciosa y agregó Vance:

—Lo que acabo de decirte es confidencial Chris. Ella aún tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Estás... seguro que fue suicidio, Burt?

El forense parece no tener dudas. Afirma taxativamente que Van Camody se quitó la vida por propia voluntad.

Chris se pasó la mano por el rostro.

—Es horrible —musitó, estremeciéndose—. ¿Qué motivos podía tener Camody para suicidarse?

Burt Vance encogió los hombros.

—Es posible que nunca lleguemos a saberlo. Interrogaré a Glenda Camody, pero no espero sacarle nada positivo. Si tuvo una disputa con su esposo, no lo dirá.

—Los Camody podían ser un ejemplo para cualquier matrimonio —afirmó Chris, con pleno convencimiento—. Jamás los vio nadie discutir.

—Pero en el momento más inesperado salta la chispa que da al traste con una reputación intachable. Claro que los motivos de Camody para quitarse la vida no tenían que ser necesariamente una disputa con su esposa. Puede tratarse de otro tipo de problema.

—Aún no comprendo cómo pudo hacerlo.

—Dicen que algo falla en el cerebro de las personas que se suicidan. Es como una súbita enfermedad.

Chris inclinó la cabeza y guardó silencio.

Su mente estaba ocupada por el recuerdo de las firmes palabras pronunciadas dos días antes por Genny.

CAPITULO III

El sábado por la mañana no tuvo prisa en levantarse Chris Durry. Cada fin de semana le pasaba lo mismo. Le gustaba estar un rato despierta en la cama, sin tener que correr para desayunar y acudir al trabajo. Personalmente lo consideraba una pequeña revancha.

Sobre las diez se levantó.

Vistiendo una larga bata como única prenda abrió la puerta de su habitación y se dirigió al cuarto de baño. Pero apenas había caminado unos pasos cuando escuchó una queda llamada:

—Chris...

Se giró sorprendida con rapidez y vio frente a ella a su hermana Genny. La niña estaba mirándola fijamente con el rostro tan inexpresivo como siempre.

—¿Qué estás haciendo aquí. Genny?

—Quiero hablar contigo, Chris.

—De acuerdo, Genny —asintió Chris—. Voy a ducharme y luego charlaremos. La niña movió la cabeza en lenta negativa.

—Tiene que ser ahora.

—No me digas que es tan urgente.

Genny dirigió una mirada a la escalera que llevaba al piso bajo y sin levantar el tono de voz, dijo:

—Vamos a tu habitación, Chris. Es necesario que bable contigo en seguida.

Su hermana señaló la puerta entreabierta y dejó escapar un suspiro de resignación.

—Está bien, hermanita.

Ambas entraron en la habitación y Genny se apresuró a cerrar la puerta tan pronto estuvieron dentro. Observando las precauciones de su hermana, inquirió extrañada Chris:

—¿Es necesaria tanta reserva, Genny?

La niña no respondió inmediatamente. Después de haber cerrado la puerta dio unos pasos por la estancia y acabó por detenerse frente a Chris. Con un brillo enigmático en las pupilas dijo lentamente:

—Eddie ha vuelto a estar conmigo.

Chris no pudo evitar un profundo escalofrío.

Durante unos instantes no supo qué decir. Cuando ya casi había superado el trauma de lo sucedido a Van Camody, nuevamente se hallaba frente a un hecho similar. Porque en su fuero interno presentía lo que le iba a decir Genny la próxima vez que hablara.

Y estuvo a punto de correr fuera de la habitación para no escucharla. Pero comprendió que Genny necesitaba ayuda y, sobre todo, que sería inútil huir.

Señalando el borde de la cama con un ademán, pidió a su hermana:

—Siéntate, Genny.

La niña obedeció en silencio.

Chris se arrodilló junto a ella cociéndole las manos. Notó que las tenía frías como el hielo. Prometiéndose a sí misma que no iba a extrañarse por nada de lo que pudiera escuchar, preguntó serena:

—¿Dices que ha vuelto a visitarte Eddie? Genny movió la cabeza y susurró:

—Sí.

—¿Estabas acostada cuando él entró en la habitación?

—¿Quieres decir que si estaba dormida, Chris?

—Quiero estar completamente segura de que no se trata de otra pesadilla, Genny. La niña compuso una mueca de contrariedad.

—¿Por qué no me creéis? —se quejó—. El otro día no fue una pesadilla y esta noche tampoco. Yo estaba segura de que tú me creerías, Chris. No he querido decírselo a papá todavía y...

Chris le oprimió cariñosamente las manos y trató de que el tono de su voz fuera persuasivo.

—Vamos a tomárnoslo con calma, ¿eh, Genny? Yo te haré preguntas y tú te limitarás a contestar. ¿De acuerdo?

—Como quieras, Chris.

—En primer lugar, deseo que me digas si adviertes algo extraño cuando nuestro hermano Eddie se aparece ante ti.

La niña parpadeó ligeramente.

—No te entiendo.

—Quiero decir que si lo ves con absoluta claridad o, por el contrario, su figura está difuminada.

—Lo veo tal como te estoy viendo a ti ahora.

—Y se muestra cariñoso contigo, ¿no? —Genny frunció el ceño extrañada.

—¿Por qué no había de hacerlo? Eddie dice que yo sigo siendo su preferida. Chris suspiró, armándose de paciencia.

—Estás hablando de Eddie como si realmente estuviera vivo, Genny. No obstante, sabes que murió en Vietnam. Sus restos mortales están sepultados en el cementerio de Pretty Village.

—Pero él ha venido dos veces a visitarme, Chris —objetó la niña, serenamente—. Si Eddie estuviera muerto no podría venir a verme.

Chris le apuntó con el índice extendido.

—Esa es la cuestión, Genny. No es lógico que nuestro hermano se aparezca ante ti si está muerto. A pesar de tu edad, te consta que una cosa así sería sobrenatural.

La pequeña bajó la mirada.

—Puede haber otra explicación, Chris.

—¿Si?

—En el cementerio se enterró una caja con cenizas. Chris arrugó el entrecejo.

—¿Que estás insinuando?

—Sólo... que esas cenizas pueden no ser de Eddie.

Chris se quedó muy pensativa después de las palabras de su hermana menor. Meditó detenidamente lo que debía decir a continuación y cuando se disponía a hablar, sonaron unos golpecitos en la puerta.

Genny levantó vivamente la cabeza mirando alarmada a su hermana. Tras un corto espacio de tiempo, autorizó Chris:

—Adelante.

La puerta se abrió empujada desde fuera y el padre de las chicas penetró en la habitación. Dio un par de pasos y se detuvo mirando extrañado a sus hijas.

—¿Qué sucede? —Preguntó viendo a Chris arrodillada delante de Genny —. ¿Es que hoy no pensáis bajar?

Ninguna de las dos respondió.

Se hizo una larga pausa y finalmente se incorporó Chris aproximándose a su padre.

—Eddie ha estado de nuevo con Genny —informó con voz apagada—. Esta noche ha vuelto a verlo.

Harold Durry crispó los maxilares y permaneció silencioso unos instantes. Luego se pasó la mano por el rostro en ademán preocupado y clavando una dura mirada en Genny, masculló:

—¿Es que vas a empezar otra vez, Genny?

La niña no se amilanó por la dureza que vio en los ojos de su progenitor. Impasible, con el semblante tan inexpresivo como en ella era habitual, respondió:

—He vuelto a verlo.

—¡Mentira! —Rugió exasperado Harold Durry—. Estoy harto de tus fantasías, Genny. No voy a tener otra alternativa que llevarte al médico para que te examine.

Genny no alteró ni un músculo del rostro.

—¿A un psiquiatra?

—Bueno... Quiero que un doctor saque esas cosas extrañas de tu mente. Puede que estés necesitando un tratamiento.

—¿Por decir la verdad?

—¡No estás diciendo ninguna verdad, Genny! —Volvió a enfadarse su padre—. La otra vez dijiste que

Eddie había matado a Van Camody y fue mentira. Aquello resultó un suicidio. La niña lo miró fijamente.

—A Van Camody lo mató Eddie.

Chris sintió qué un escalofrío recorría su cuerpo. ¡Había tanta seguridad en las palabras de Genny! Observó que su padre enrojecía de ira y señalando la salida con el brazo extendido silabeaba dirigiéndose a Genny:

—Vete a tu habitación y no salgas de ella hasta que se te dé permiso para hacerlo. ¿Me has entendido?

—Antes quisiera deciros una cosa, papa.

—¿Qué?

—Eddie ha matado esta noche al lechero. Harold Durry respingó abriendo mucho los ojos.

—¿Qué diablos estás diciendo?

Genny repitió con escalofriante naturalidad:

—Lynn Mowrer, el hombre que cada día nos trae la leche, ha muerto esta noche. Lo ha matado Eddie.

Chris y su padre cambiaron una incrédula mirada. A continuación señaló Harold Durry la salida con un enérgico ademán.

—Fuera de aquí, Genny.

La niña inclinó la cabeza y salió de la habitación sin volver a despegar los labios. Cuando hubo cerrado la puerta detrás de ella, empezó a moverse de un lado a otro su padre. Estaba furioso y no tardó en demostrarlo.

—Esta niña acabará con mi paciencia. No voy a permitir que siga engañándonos con esas absurdas historias.

Chris habló suavemente:

—No son tan absurdas, papá.

Su padre se detuvo sorprendido y se giró a mirarla.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando ocurrió lo de Van Camody ella sabía que estaba muerto sin haber salido a la calle.

—Ya te dije que...

Chris lo cortó con un gesto.

—Hay algo muy extraño en lo que le sucede a Genny. Pretender ignorarlo sería estúpido. Creo que debemos hacer cuanto esté en nuestras manos por ayudarla.

Harold Durry encogió los hombros.

—¿Y qué podemos hacer por ella?

Chris estuvo unos instantes pensativa y luego dijo resuelta:

—Voy a vestirme y me llegaré a la oficina de Burt Vance. Necesito saber si ese hombre.

Lynn Mowrer, ha muerto esta noche.

CAPITULO IV

—Si — afirmó Burt Vance, escrutando el rostro de Chris que se hallaba sentada al otro lado de su mesa—. Lynn Mowrer ha muerto esta madrugada víctima de un accidente de circulación.

La muchacha frunció el ceño.

—¿Un accidente de circulación?

—Eso es —gruñó Vance—. ¿Quieres decirme ahora qué interés tienes en la muerte de Mowrer?

Chris se quedó muy pensativa. Y después de unos segundos, respondió al sheriff con otra pregunta:

—¿Estás seguro que ha sido un accidente de circulación?

—¡Claro que estoy seguro! —Exclamó el policía—. Lo atropelló un automóvil a eso de las cuatro y murió en el acto. Cuando llegó la ambulancia ya estaba muerto. El conductor del vehículo es un viajante de comercio y asegura que Mowrer se arrojó intencionadamente bajo las ruedas. El hombre esta deshecho y...

—Entonces ha sido un suicidio, ¿no? Burt Vance dejó escapar un resoplido.

—Todo parece indicar que se trata de un suicidio si tenemos en cuenta la declaración del viajante. ¿Vas a decirme ahora por qué te interesa la muerte de Lynn Mowrer?

—Van Camody también se suicidó.

—Si —masculló impaciente Vance—. Parece que el suicidio se ha puesto de moda en Pretty Village. Pero continúas sin contestar a mi pregunta, nena.

Chris se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Yo... sabía que Lynn Mowrer estaba muerto, Burt.

—Muy bien —cabeceó el sheriff—, ¿Quién te lo dijo?

—Mi hermana Genny.

Vance ladeó la cabeza arrugando el entrecejo.

—¿Genny?

—Sí, Burt —murmuró la muchacha, hablando despacio—. Dice que a Camody y Mowrer los ha matado Eddie.

—¿Que Eddie...? El viajante se llama...

—Se refiere a mi hermano Eddie.

El policía pegó un salto en el asiento.

En su rostro se plasmó una súbita expresión de asombro que paulatinamente se fue tornando hosca. Terminó dirigiendo una ceñuda mirada a la chica.

—Esas bromas no tienen gracia, Chris.

—No es una broma, Burt.

—¿No, eh?

De pronto, advirtió el sheriff que Chris tenía los ojos puestos en él y

descubrió un destello suplicante en ellos. Un poco extrañado la escuchó pedir:

—Necesito que me ayudes, Burt.

Vance tardó unos segundos en responder.

—Sabes que puedes contar conmigo, Chris —dijo al fin—. ¿Cómo te puedo ayudar?

—Primero deseo que escuches lo que voy a contarte de mi hermana. Algo misterioso le está sucediendo.

* * *

Burt Vance se pasó la mano por el mentón en ademán dubitativo cuando terminó de hablar Chris. Cogió de encima de la mesa el paquete de cigarrillos y lo tendió en silencio a la chica. Ella denegó moviendo la cabeza y él extrajo uno poniéndoselo en los labios.

Procedió a encenderlo con calma antes de empezar a decir:

—Admitir que Eddie pueda estar visitando a Genny es algo fantástico. En la vida existen inexplicables presentimientos, ¿sabes? A lo mejor tu hermana posee unos poderes psíquicos sobrenaturales. Escuché en una ocasión. ..

—Me temo que por ese camino no llegaremos a ninguna parte, Burt —lo interrumpió Chris, moviendo la cabeza—. Si he venido a verte es para que me ayudes.

Vance se rascó la nuca y soltó un resoplido.

—Vas a tener que decirme tú cómo puedo ayudarte, chica. No tengo ninguna experiencia en casos de fantasmas.

Chris torció los labios molesta, pero no hizo reproche alguno a Vance. Haciendo caso omiso a su comentario, pidió:

—Te agradecería que hicieras cuantas investigaciones estén en tus manos respecto a los suicidios de Camody y Mowrer.

El sheriff levantó la diestra.

—De momento sólo estamos seguros del suicidio de Van Camody. Con el otro tendremos que esperar el informe del forense. Sólo tenemos las declaraciones del viajante, porque no existen testigos del accidente. Por lo tanto, no se puede hablar de suicidio todavía.

—Pero ese hombre asegura que Mowrer se arrojó bajo las ruedas de su vehículo, ¿no? Vance compuso un gesto escéptico.

—Todos los conductores dicen lo mismo en estos casos. Chris se restregó las manos un tanto -nerviosa.

—¿Podrás hacer indagaciones si se confirma el suicidio de Mowrer?

—Por supuesto que tendré que hacerlas.

—¿Y respecto a Van Camody?

—Vamos por partes —chasqueó la lengua Vance—. En lo tocante a Camody, no existe la menor duda. El forense asegura que se trató de un suicidio y, por lo tanto, no hay razón que justifique la búsqueda de un asesino. Y mucho menos si el hipotético asesino es nada menos que un espíritu.

Chris apretó los labios contrariada.

—No te burles, Burt —recriminó, severa—. En ningún momento he creído que a esas dos personas las haya matado mi hermano Eddie. Y no te estoy pidiendo que busques a un asesino.

—¿Qué es lo que me pides entonces?

—Sólo que averigües si Van Camody tenía motivos para suicidarse.

—Ahí tocamos en hueso, Chris —movió negativamente la cabeza el sheriff —. Glenda

Camody se cerró a la banda y no dejó de repetir que su matrimonio era una balsa de aceite. Por mi parte, hice algunas indagaciones de la situación económica de Camody y de la marcha de su negocio. No encontré nada que pudiera justificar el suicidio. Por eso se ha cerrado el caso.

—¿Y Lynn Mowrer?

Vance dejó escapar una risita.

—Ese todavía está caliente, nena. No he tenido tiempo material de empezar a indagar. Pero si el forense confirma que ha sido suicidio, prometo que buscaré a fondo las posibles causas que pudiera tener para quitarse la vida.

Chris guardó silencio.

Y el sheriff lo aprovechó para añadir:

—¿Quieres un buen consejo, Chris? —Sin esperar a que la chica respondiera continuó en tono persuasivo—: Vuelve a tu casa y olvida todo este asunto. Pensar que el fantasma de Eddie anda por ahí cometiendo crímenes es la cosa más disparatada que he escuchado en mi vida. Aunque tu hermana Genny vea visiones.

La muchacha clavó los ojos en él y Vance advirtió cierta dureza en el brillo de las pupilas femeninas.

—Te he dicho antes que no creo en el fantasma de Eddie, Burt. No obstante, te agradeceré que averigües cuanto te sea posible de esas muertes. Necesito saber si esos dos hombres tenían motivos para hallarse desesperados.

Vance dio una cabezada afirmativa.

—Procuraré complacerte.

—Gracias.

—Dime una cosa, Chris.

—¿Qué?

—¿Esperas sacar algo en limpio de lo que yo pueda averiguar? Aun en el caso de que Camody y Mowrer se hallaran al borde de la desesperación y decidieran quitarse la vida, está el hecho concreto de que siendo suicidios no pudo matarlos el fantasma de Eddie. Y eso prueba que tu hermana miente.

Chris bajó la mirada llena de desasosiego.

—Sin embargo...

—Sigue.

—Cuando Genny habla de haber visto a Eddie lo hace con tanta seguridad, que llega a impresionar. Hay un brillo extraño en sus pupilas y se siente la

sensación de estar asomado a las profundidades de un pozo tenebroso.

Hubo una pausa y la rompió Vance, diciendo:

Haces mal dejándote impresionar por las visiones de Genny, Chris. A pesar de lo que pueda decir..., tu hermano Eddie está muerto y nadie regresa del más allá.

Chris se pasó la mano por la frente.

—Siento una gran confusión dentro de mí Burt. Tengo el presentimiento de Que Genny necesita toda la ayuda que se le pueda prestar, pero no consigo ver la forma de protegerla.

—Hazme caso y olvida el asunto, Chris. Es posible que tu hermana deje de ver a Eddie y se acabe la pesadilla. Los problemas se solucionan a veces por si solos.

La muchacha sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Este no, Burt.

Hubo una nueva pausa y se levantó Chris.

—Tengo que irme ya —dijo con aire ausente que preocupó a Vance—. Mi padre preterirá que esté en casa.

El sheriff la acompañó hasta la puerta, y ya en el umbral, la besó brevemente en la comisura de los labios.

Ella levantó la mirada sorprendida y dijo Vance:

—Te tendré al comente de cuanto pueda averiguar.

* * *

En todo el resto del día no abandonó Chris su casa.

Recibió dos llamadas telefónicas invitándola al baile de aquella tarde, pero rechazó ambas. No quería que su familia se quedara sola. Tenía la certeza de que ella era necesaria en la casa.

Sin embargo, nada sucedió.

Genny se pasó el día en su habitación obedeciendo la orden de su progenitor y sólo bajó a la hora de la cena. En seguida volvió a encerrarse en su dormitorio.

Sus padres estuvieron taciturnos.

Chris adivinaba que habían sostenido una larga conversación relacionada con lo que le estaba ocurriendo a Genny. Y de ahí el mutismo que ambos guardaban. Se hallaban muy preocupados.

A las diez y cuarto se fue a dormir.

Pero eran las doce y todavía no había podido conciliar el sueño. Tuvo que levantarse y pasear un rato por la habitación. La oscuridad parecía estar llena de extraños susurros. Encendió un cigarrillo y aspiró el humo con fruición intentando serenarse.

Luego volvió a meterse en la cama.

No supo la hora que era cuando empezó a invadirla un suave sopor. Más que sueño podía decirse que se trataba de una enfermiza debilidad. Como si

las fuerzas la estuvieran abandonando por momentos sin que ella pudiera evitarlo.

Y acabó cayendo en profundo letargo.

No pudo precisar el tiempo que había transcurrido hasta que súbitamente se incorporó quedando sentada en el lecho. Su corazón latía con fuerza y tenía todo el cuerpo cubierto de un sudor frío, denso. Podía escuchar su propia respiración jadeante.

De pronto, tuvo la sensación de no estar sola en la habitación.

Miró en derredor sintiéndose dominada por un miedo que agarrotaba toda su capacidad de reacción. Pero sus ojos no pudieron traspasar el muro de tinieblas que la rodeaba. La densidad de las sombras resultaba impenetrable y la angustia subía hasta su cuello ahogándola como un terrible dogal.

Paralizada por el terror, escuchó que una voz susurraba:

—Chris...

Quiso gritar de espanto, pero su garganta se negó a obedecer la orden del cerebro. Permaneció inmóvil interminables segundos.

Hasta que haciendo un tremendo esfuerzo empezó a serenarse lentamente. Entonces pensó que el interruptor de la lámpara que había sobre su mesita de noche estaba al alcance de su mano. Podía encender la luz y hacer frente a lo que fuera.

Tenía que hacerlo.

Seguir envuelta en tinieblas significaba la locura.

Muy despacio, con un terror que a duras penas conseguía dominar, alargó la mano hacia el interruptor.

CAPITULO V

El chasquido del interruptor sonó como un pistoletazo.

Las tinieblas se disiparon súbitamente, dejando paso a una luz que fue cegadora para Chris en los primeros instantes. A pesar del escozor casi doloroso que sintió en los ojos, miró a su alrededor con verdadero pánico

Y se quedó atónita.

Porque estaba completamente sola en la estancia.

Con el corazón latiéndole desenfrenado y una expresión de infinito asombro plasmada en el semblante, permaneció inmóvil largo rato. Los nervios acabaron fallándole y ocultó el rostro entre las manos ahogando un sollozo.

El propio terror experimentado la había traicionado.

Ya no estaba segura de haber escuchado aquella voz que susurró su nombre. Quizá todo había sido una mala pasada de su imaginación. Posiblemente se debía al enrarecido ambiente que estaba creando Genny al relatar sus visiones.

Echó una ojeada al reloj y vio que pasaban unos minutos de las tres.

Siguiendo un impulso incontenible saltó de la cama y se vistió la bata que se hallaba sobre una silla. Necesitaba imperiosamente hablar con su hermana, a pesar de la hora. Algo en su interior le decía que era urgente ver a Genny.

Abandonó la habitación procurando no hacer ruido.

Sus padres podían escucharla y no deseaba que la sorprendieran.

Cautelosamente llegó frente a la habitación de su hermana y vio extrañada que salía luz por la rendija inferior de la puerta. ¿Qué podía estar haciendo Genny con la luz encendida a las tres de la madrugada? Su primera intención fue la de llamar con suavidad antes de entrar. No quería asustarla apareciendo súbitamente ante ella.

Pero no lo hizo.

Siguiendo el mismo impulso que la había sacado de la cama hizo girar el pomo de la cerradura y empujó lentamente la hoja de madera. Mas apenas hubo traspasado el umbral, parpadeó sorprendida.

Genny se hallaba sentada en un sillón completamente inmóvil, como una estatua. Por el pálido color de su piel se asemejaba a una muñeca de cera. Estaba vestida de calle y miraba fijamente en dirección a las tinieblas del exterior por la ventana abierta.

Chris cerró sigilosamente la puerta y se adentró en la habitación caminando despacio.

Aproximóse a su hermana y la observó en silencio unos instantes.

Luego, susurró:

—Genny...

La niña siguió inmóvil, sin mover ni un músculo del rostro, ajena por completo a cuanto la rodeaba. Chris se acercó más a ella y puso una mano en

su hombro. Entonces sintió que un estremecimiento, como una sacudida interior, recorría el cuerpo de Genny.

Aquello la sobresaltó en principio. Luego reaccionó y atareando la mano acarició con suavidad sus cabellos.

—¿Qué te sucede, Genny?

La niña no contestó. Siguió largo rato abstraída y cuando parecía que iba a seguir en la misma inmovilidad, empezó a girar el rostro hacia su hermana. Chris observó que la negrura de sus pupilas era más insondable que nunca.

Muy a pesar suyo, sufrió un profundo escalofrío.

Genny la estuvo mirando interminablemente con aquellos ojos que parecían contener todo el horror del mundo. Sus labios crispados se distendieron al fin en el inexpresivo semblante.

—Eddie está desesperado —dijo, quedamente—. Tiene que seguir sus propósitos hasta el final.

Chris la miró impresionada, pero se prometió a sí misma dominar aquel miedo que la atenazaba. Tenía que hacerlo si quería ayudar de alguna manera a Genny.

Sin quitar la mano del hombro de la niña, pregunto:

—¿Ha estado aquí Eddie?

—Sí.

Chris titubeó antes de seguir.

—Hay una cosa que no comprendo. Genny. Muestro hermano... sólo se te aparece a ti. La niña respondió con orgullo.

—Dice que soy la única que puedo comprenderlo.

—¿Qué es lo que tienes que comprender, Genny?

—Los motivos que lo impulsan a matar. Chris dejó escapar un suspiro.

—Pero él no está matando a nadie, Genny —aseguró con ansiedad—. Van Camody y Lynn Mowrer se han suicidado. El informe del forense es un testimonio irrebatible.

Genny había estado hablando como si fuera una muñeca mecánica, sin expresión alguna en sus facciones, sólo moviendo levemente los labios. Al escuchar las últimas palabras de su hermana hubo un destello de ira en sus oscuras pupilas.

Y levantando la cabeza, silabeó inesperadamente:

—Vete, Chris.

—Pero

—Vete, por favor.

Chris siguió mirándola sin moverse del sitio.

—Quiero ayudarte, Genny.

—No necesito ayuda. Es Eddie quien la busca desesperadamente y nadie puede comprenderlo. Sólo yo

Chris cambió súbitamente la entonación de su voz y recriminó con dureza:

—Esto es una farsa, Genny. Ignoro lo que te propones tratando de confundirnos a todos con tus increíbles visiones, pero no te servirá

absolutamente de nada. Eddie no puede venir a verte porque está muerto, ¿me entiendes? Nuestro hermano murió en Vietnam y es imposible que se aparezca ante ti.

Genny guardó silencio y siguió Chris:

—¿Por qué no reconoces que estás mintiendo?

La niña volvió a mirarla con impresionante frialdad. Después se limitó a encoger los hombros y repitió:

—Vete de aquí. Chris.

—¡No quiero irme, Genny! Antes de abandonar la habitación quiero escuchar de tus labios que todo es una absurda mentira. ¿Acaso no te das cuenta de que haces sufrir a mamá? Por Dios, Genny, confiesa de una vez que nos estás mintiendo.

Hubo un breve silencio y dejó escapar una fría risita la niña.

—¿Crees sinceramente que miento, Chris?

—¡Sí!

—Pues sólo tienes que mirar a este lado del suelo para comprender la verdad.

La niña estaba señalando al lado contrario de donde se encontraba su hermana. Esta se desplazó un poco lateralmente y desorbitó los ojos aterrorizada. En el suelo había un cuchillo y la enorme hoja estaba ensangrentada.

Se quedó helada.

Jamás podría decir el tiempo que permaneció contemplando con ojos llenos de horror aquel cuchillo. Se hallaba sobre un pequeño charco de sangre aún a medio coagular. Y con todo, no era la visión del enorme cuchillo lo que la impresionaba. Sabía que Genny iba a decir una monstruosidad en cuanto hablara.

Y su temor se confirmó al informar quedamente la chiquilla:

—Ese cuchillo ha estado clavado en el vientre de un hombre.

Chris se llevó las manos a la cabeza apretándose con fuerza inusitada las sienes. Se dijo que aquello no podía ser cierto, que era una pesadilla y acabaría saliendo de ella.

Pero la voz de Genny siguió impresionantemente fría:

—Esta vez le ha tocado morir a Peter Barnard. Le dije a Eddie que nadie creía lo que estaba haciendo y me ha traído el cuchillo que ha utilizado esta noche. Ahora no podréis dudar de la verdad.

Chris dejó de apretarse las sienes y se pasó el dorso de la mano por la frente cubierta de frío sudor. Tuvo que hacer un extraordinario esfuerzo, para murmurar:

—Esto no tiene sentido. Genny.

—Lo tiene para Eddie.

Chris apretó los puños con desesperación.

—¡Pero Eddie está muerto! —chilló, angustiada—. ¿Es que no lo comprendes? Su hermana la miró impasible.

—La muerte no significa necesariamente el final —dijo, convencida—. Cuando el alma no puede descansar en paz...

—¡Por el amor de Dios. Genny!

La niña compuso una mueca escéptica.

—¿Por qué te empeñas en no querer admitir la ver dad, Chris?

—Porque esa verdad es monstruosa.

—En el mundo se cometen actos monstruosos todos los días. Esos jóvenes condenados a morir fuera de su país por la ambición de unos políticos, es también una monstruosidad. ¿Acaso crees que Eddie se sintió feliz dando su vida en Vietnam? Yo puedo decirte lo que pensó en el momento de morir.

—¡No! —Sacudió frenéticamente la cabeza Chris—. No deseo saber nada más. Genny esbozó una amarga sonrisa.

—¿Tienes miedo de escucharlo?

—Por favor. Genny...

—Te llenaría de asombro saberlo. —Genny hizo una corta pausa y a continuación agregó—: Anda, llama a Burt y comunícale la muerte de Peter Barnard. Encontrará el cadáver en la calle Jackson. Junio a los cubos de basura situados frente al número cuarenta y dos.

CAPITULO VI

Burt Vance emitió varios gruñidos y acabó despertándose. Echó una mirada al reloj siguiendo un hábito adquirido a lo largo de muchos años y soltó una maldición. El teléfono continuaba sonando insistentemente y no tuvo más remedio que atrapar el auricular de un manotazo y aproximárselo al oído.

—¿Sabe la hora que es, ciudadano? —masculló, áspero--. ¿Acaso se le ha parado el reloj o qué?

Del otro lado del hilo le llegó la voz de Chris Durry:

—Tengo que hablar urgentemente contigo, Burt. Vance dejó escapar un resoplido.

—Son casi las cuatro de la madrugada, Chris —empezó a decir armándose de paciencia—. Apenas llevo tres horas y media metido en la cama y te aseguro que estoy hecho cisco. ¿Por qué no eres buena chica y lo dejamos para maña...?

—Eddie ha vuelto a matar, Burt.

El sheriff respingó y estuvo a punto de pegarle un mordisco al auricular. Poco a poco fue reaccionando y acabó prometiéndose a sí mismo conservar la calma o terminaría tan chiflado como las hermanas Durry. ¡Lástima que una chica tan hermosa como Chris...!

—¿Estás ahí, Burt?

—No —barbotó el sheriff—. He salido pitando hacia el cementerio para detener al fantasma de tu hermano.

Escuchó un suspiro procedente del otro lado del hilo y reprochó suavemente Chris:

—Deja los sarcasmos, Burt. Genny acaba de decirme que Eddie ha vuelto a matar.

—Y tú te lo has creído, ¿no?

—Creo que dice la verdad, Burt.

Vance miró con intenso odio el auricular.

—¿Es que tu hermanita no tiene otra cosa que hacer? Otras niñas, a su edad, están tratando de tomarle el pelo al profesor de turno. Pero ella se empeña en Jorobamos.

—El muerto es Peter Barnard.

—¿Peter Barnard? —bisbiseó incrédulo el sheriff —. ¿Y por qué tenía que matar tu hermano a un insignificante individuo que se gana la vida repartiendo periódicos? Barnard es un pobre tipo incapaz de hacer daño a nadie. Si tu hermano lo ha matado...

De pronto, se interrumpió imprecando una palabrota.

--Pero ¿qué infiernos estoy diciendo? —siguió furioso—. Tu hermano no puede haber matado a nadie por la sencilla razón de que está muerto.

Hubo un corto inciso y dijo Chris:

—Hay una manera muy simple de comprobar si Barnard sigue vivo, Burt. Sólo tienes que ir frente al número cuarenta y dos de la calle Jackson. Es posible que lo encuentres con una horrible herida en el vientre Junto a unos cubos de basura.

Vance masculló, molesto:

—Para eso tengo que levantarme y salir a la calle.

—Es preciso que lo hagas, Burt.

—Escucha, nena —intentó persuadirla Vance—. Si alguno de mis hombres encuentra el cadáver de Barnard, yo seré el primero en enterarme. Sin necesidad de ir yo a...

—Hazlo por mí, Burt.

—¿Y si resulta una tomadura de pelo?

—Por favor...

—Está bien, está bien —gruñó Vance, moviendo la cabeza repetidas veces —. Echaré un vistazo a la calle Jackson, pero si yo voy a fastidiarme también lo harás tú. Quiero que estés esperándome levantada hasta que vaya a verte.

—No podría conciliar el sueño aunque quisiera, Burt.

* * *

—Al pobre Peter Barnard le han abierto el vientre de una salvaje cuchillada. El maldito canalla que lo haya hecho no ha tenido la menor misericordia de él. —Burt Vance hizo una corta pausa y añadió Heno de furia —: ¿Qué diablos está pasando en Pretty Village?

En el salón de la vivienda de los Durry estaban reunidos Chris, su padre y el sheriff Vance. Después de los últimos acontecimientos que inevitablemente tuvo que saber Helen Durry, su delicado estado de salud había sufrido un duro golpe. Por consejo de su esposo permaneció en la cama mientras ellos hablaban en el salón. Realmente no tenía fuerzas para mantenerse en pie.

Genny seguía confinada en su habitación.

A la áspera pregunta mascullada por Vance se encargó de responder Harold Durry:

—A nosotros nos gustaría saberlo tanto como a ti, Burt.

—Me hago cargo, señor Durry.

De repente, frunció el ceño Burt Vance al escuchar que el padre del héroe muerto en Vietnam preguntaba:

—¿Crees en los espíritus, Burt?

El sheriff se lo quedó mirando sin saber qué contestar y se rascó perplejo la nuca.

Tardó bastante en responder y cuando lo hizo inquirió a su vez:

—¿Quiere decir si creo que... Eddie pueda salir de la tumba para ponerse a liquidar semejantes, señor Durry?

Harold Durry dio una grave cabezada afirmativa.

—Eso es, Burt.

—Bueno... —vaciló el policía—. Si quiere que le diga la verdad, opino que esas cosas tan fantásticas no pueden suceder. Cuando una persona se muere, nunca volvemos a verla.

Durry volvió a asentir.

—Lo mismo creo yo. Burt.

—¿Entonces...?

—Pero algo muy extraño está sucediendo —siguió Harold Durry, cortándolo—. Ya no se puede negar que mi hija Genny se enteró antes que nadie de esas muertes. Cuando sucedió lo de nuestro vecino Camody supuse que se trataba de una rara transmisión de pensamientos. Eso si no con demasiada frecuencia, suele ocurrir. Pero es insólito que se repita tres veces consecutivas con distintas personas y un solo ente receptor. Debemos tomamos en serio lo que pueda decir mi hija en lo sucesivo.

Vance chasqueó la lengua.

—Sin embargo, hay un punto que no concuerda, señor Durry.

—¿Cuál, Burt?

El sheriff carraspeó y empezó a decir pausadamente:

—Genny asegura que Eddie está matando a esas personas. Pero el forense ha redactado sendos informes y en ellos afirma, sin lugar a dudas, que Van Camody y Lynn Mowrer se suicidaron. Podemos admitir que Genny posea poderes sobrenaturales y presienta la muerte de una persona en el mismo instante en que se está produciendo. Sin embargo, ¿falla la ciencia o su hija tergiversa sus visiones?

—Eso será difícil de averiguar, Burt.

—Lo mismo creo yo. Mo obstante, en la muerte de Barnard hay un punto discordante en relación a las otras dos. Camody y Mowrer se suicidaron y a Peter Barnard le han pegado una puñalada en el vientre. Difícilmente puede ser suicidio.

—¿Y eso qué aclara?

El sheriff encogió los hombros.

—No lo sé todavía —confesó sinceramente—. Lo único que puedo afirmar es que estoy hecho un lio espantoso.

En la mesa del centro, envuelto en un trozo de lienzo para que no se pudieran borrar las posibles huellas de la empuñadura, estaba el cuchillo ensangrentado que el propio Vance había recogido del suelo de la habitación de Genny.

Chris, que permanecía silenciosa desde el principio, lo señaló con un ademán.

—¿Qué piensas hacer con ese cuchillo, Burt?

—Enviarlo al laboratorio. Hay que determinar si es el arma que se ha utilizado para apuñalar al pobre Peter Barnard.

—¿Y si el resultado es positivo? Vance soltó un gruñido.

—Entonces le pegaré un cabezazo a un muro, maldita sea.

Mirando alternativamente a su padre y al sheriff, preguntó

inesperadamente Chris:

—¿No se os ha ocurrido pensar que Eddie pueda estar vivo?

CAPITULO VII

Al día siguiente...

Burt Vance indicó con un gesto la silla situada al otro lado de su mesa y Chris tomó asiento en ella. A modo de preámbulo, empezó a decir el policía:

—No te esmeraba a ti. Cuando hablé por teléfono con tu padre quedamos que vendría él.

—Ha preferido no separarse de mi madre —explicó la chica—. Está muy débil y en cualquier momento puede necesitar cuidados médicos urgentes. Mi padre sabría desenvolverse mejor que yo llegado el caso.

—Comprendo.

—De todos modos, puedes decirme a mí esas novedades que le anunciaste al llamarlo.

Vance juntó las manos apoyándolas sobre unos papeles que tenía delante y chasqueó la lengua.

—Hubiera preferido hablar con tu padre.

En los ojos de Chris hubo un atisbo de alarma

—¿Son noticias graves?

—Según como se miren —encogió los hombros Vance—. Con los datos que he podido reunir, este embrollo está cada vez más liado. Estoy por llamar a un hechicero indio y que lo resuelva él.

Se hizo un corto silencio y preguntó Chris:

—¿Tan importante es eso que has averiguado, Burt?

—Son muchas las cosas que he averiguado desde ayer y ninguna me ayuda a esclarecer el endemoniado asunto. Por el contrario, todavía complican más los hechos.

¿Recuerdas que apuntaste la posibilidad de que Eddie estuviera con vida?

Chris se movió inquieta en la silla.

—Bueno... —titubeó—. Creo que dije una estupidez. Aun estando vivo, mi hermano no tiene motivos para...

—Eddie está muerto —aseguró tajante el policía—. No hay la menor duda de ello.

La chica frunció el ceño y lo miró bastante sorprendida. Vio que Vance cogía uno de los papeles que tenía sobre la mesa y lo levantaba mostrándoselo.

—Tus palabras me hicieron meditar —dijo pausadamente—. Que Eddie estuviera con vida podía explicar muchas cosas. No quise desechar la posibilidad y me puse en contacto con el Departamento de Marina. Apenas hace un par de horas que he recibido contestación a mi consulta. En el informe que me han remitido aseguran que el cuerpo del soldado Durry quedó destrozado al pisar éste una mina. El capitán de su compañía fue testigo del hecho.

Chris apretó los labios lívido el semblante.

Observando la intensa palidez de su rostro, se disculpó Vance:

—Siento haber sido tan rudo, Chris. No he debido... La muchacha forzó una tenue sonrisa.

—No te preocupes, Burt.

Se hizo una pausa y el sheriff dejó el papel encima de los otros. Aún esperó unos segundos antes de seguir diciendo:

—La posibilidad de que Eddie pueda estar vivo queda descartada. Pero eso no es ni mucho menos lo más importante. —Puso la mano sobre los papeles y agregó—: Tengo en mi poder informes tan increíbles que el policía más novato los arrojaría a la papelera sin perder ni un minuto examinándolos.

Chris no dijo nada.

Aguardó a que Burt continuara. Este resolló y empezó a explicar:

—El forense de Pretty Village ha debido volverse loco de atar. Asegura que según la autopsia practicada al cadáver de Peter Barnard, se trata de un nuevo suicidio. Por misterioso que parezca, dice que la puñalada en el vientre tuvo que pegársela él mismo. Para mondarse de risa, vamos.

Chris escuchaba las palabras de Vance llena de asombro.

—Y todavía hay más —siguió éste—. El laboratorio dice que en la empuñadura del cuchillo no había más huellas dactilares que las de Peter Barnard. Ambos informes coinciden y, por lo tanto, oficialmente Barnard se ha suicidado.

Chris movió la cabeza, musitando atónita:

—Es horrible lo que está sucediendo en Pretty Village, Burt.

—Ya puedes decirlo —masculló el sheriff —, Y a mí me ha tocado resolver este galimatías sin pies ni cabeza.

—¿No tienes ninguna pista?

—¿Pista? —Rió ásperamente Vance—. Todas mis averiguaciones acaban es lidiándose contra un muro. A cuanto he dicho, debo añadir que ninguno de los tres suicidas tenía motivos para quitarse la vida. Todo el maldito día me lo he pasado escarbando en sus interioridades y no he logrado encontrar nada sospechoso. Barnard estuvo charlando animadamente con un grupo de amigos momentos antes de su muerte. Luego abandonó la reunión y salió a la calle en perfecto estado de ánimos, según las declaraciones de los que estaban con él. Iba caminando tan feliz por la acera y repentinamente le da un ataque de locura y se clava un cuchillo en el estómago. ¿Quieres una cosa más absurda?

Chris lo miró pensativa.

—Por tus palabras, dejas entrever que piensas en un asesinato, Burt.

—Ni hablar —rebatió Vance, sarcástico—. El forense ha dictaminado ya suicidio y yo no puedo ir contra la ciencia.

Hubo un corto silencio y Chris vaciló levemente antes de romperlo, preguntando con evidente desasosiego:

—¿El cuchillo...?

—Ahora iba a tocar este punto, Chris —asintió Vance, interrumpiéndola con un ademán—. Resulta que el forense ha analizado la sangre que había en

la hoja de cuchillo y se trata del arma que sirvió para matar a Barnard. Lo que hace falta averiguar es cómo diablos apareció en la habitación de tu hermana.

Chris se lo quedó mirando expectante y después de una pausa se atrevió a preguntar:

—¿Tienes alguna idea al respecto?

—Ninguna.

—¿No estarás pensando qué...?

Burt Vance levantó las manos y sacudió la cabeza lentamente en sentido negativo.

—Juro por mi honor que tengo la mente vacía. Y créeme que siento verdadero pánico de no pensar urda. Se supone que un policía tiene la obligación de engendrar teorías hasta que suena la flauta por casualidad, y se encuentra con la buena. —Hizo un corto inciso y agregó—: A partir de ahora, prestare mayor atención a tu hermana Genny. ¿Por qué no me hablas de ella?

Chris tardó un poco en contestar.

—Creo que no te entiendo, Burt. ¿Qué puedo decirle de Genny?

—Háblame de su niñez. Tu padre me dijo en cierta ocasión que siempre se comportaba de forma muy extraña.

—Eso es cierto —asintió Chris—. Genny ha sido introvertida en exceso desde pequeña. Tan sólo se animaba a charlar cuando lo hacía con mi hermano Eddie. Sobre todo si estaban solos. La verdad es que ambos se adoraban mutuamente. Si uno de los dos sufría una contrariedad, afectaba de forma inmediata al otro.

—Eso no tiene nada de misterioso. Suele ocurrir con frecuencia entre hermanos.

—Pero entre Eddie y Genny siempre fue distinto—insistió Chris—. A pesar de la diferencia de edad, estaban estrechamente unidos. Era... como si no pudieran vivir separados.

—Entonces, cuando Eddie se incorporó a filas...

—Fue un golpe tremendo para Genny. Estuvo muchos días sin querer hablar con nadie. Apenas si comía y nos tuvo muy preocupados. Sus ojos parecían más brillantes que nunca.

El sheriff arrugó el entrecejo.

—¿Sus ojos?

—Eso es algo que siempre me causó un profundo malestar. Recuerdo que una vez, cuando tan sólo tenía tres meses de edad, me estuvo mirando fijamente largo ralo. De forma muy extraña. No pude evitar un estremecimiento de horror sin poderme explicar la causa que lo motivó. Aquellos ojos oscuros daban la impresión de poder leer en mi mente y que... tenían siglos de existencia.

Vance se pasó la mano por el mentón.

—¿Te volvió a suceder en otra ocasión?

—Nunca he vuelto a sostenerle la mirada. Pero hay veces que Genny pone sus ojos en mi y no puedo contener un escalofrío. Es algo que no es posible

explicar con palabras, Burt.

Se hizo un nuevo silencio entre ambos y lo rompió el sheriff, solicitando;

—Dime una cosa, Chris.

Ella levantó la cabeza y esperó a que Vance siguiera. Este preguntó, escrutándole el rostro:

—¿Crees sinceramente que Eddie esté visitando a Genny? Chris movió la cabeza en sentido negativo.

—No, pero...

—¿Qué? —Apremió Vance, viendo que ella guardaba silencio sin atreverse a manifestar su inquietud—. Continúa.

La chica aún tardó unos segundos en hablar.

—Puede... —empezó titubeante—. Puede que haya una explicación a lo que está ocurriendo.

El sheriff la miró súbitamente interesado.

—Adelante, te escucho.

—Es tan sólo una teoría.

—No importa —aseguró el policía—. Me gustaría mucho escucharla porque teniendo en cuenta que nos hallamos en un callejón sin salida, cualquier hipótesis puede ser buena. Sobre todo si no tenemos otra mejor a mano.

Chris siguió sin decidirse a exponer lo que estaba pensando. Pero ante la mirada apremiante que observó en los ojos de Vance, acabó diciendo:

—Se me ha ocurrido que alguien pueda estar suplantando la personalidad de Eddie.

Hoy se hacen maravillas utilizando bien el maquillaje. Un experto podría conseguirlo.

El sheriff arrugó la frente.

—¿Hasta el punto de engañar a Genny? Si realmente estaban tan compenetrados...

—Es evidente que mi hermana se encuentra muy afectada. Es posible... que su mente no esté capacitada para discernir la verdad en estos momentos. En su estado anímico puede ser un sedante la aparición de Eddie ante ella.

Vance soltó un gruñido pasándose la diestra por los encrespados cabellos.

—¿Y qué motivos puede tener ese hipotético fulano para suplantar a tu hermano? Chris no vaciló en responder:

—Matar impunemente.

—Querrás decir «suicidar» impunemente, ¿no? Mientras no se demuestre lo contrario, esos tres hombres se han suicidado. Eso es lo que dice el informe del forense. Y por otra parte, tendríamos que buscar un punto en común que los una.

Chris lo miró fijamente y dijo en tono pausado:

—Puede que una de esas muertes se deba a venganza personal.

—¿Y cómo se justifican las otras dos?

—Una forma de echar humo a tus ojos. Vance la miró asombrado.

—¿Quieres dar a entender que dos personas han muerto por el simple hecho de contundirme?

Chris encogió los hombros desalentada.

—Olvídalo. Ya te dije que sólo era una teoría.

—Creo que estamos divagando sin llegar a nada positivo —suspiró el joven—. Será mejor que regreses a tu casa y me dejes pensar detenidamente en todo esto. De todas formas, no echaré en saco roto tu teoría. Indagaré hasta donde me sea posible.

Chris se levantó y murmurando una queda despedida se encaminó a la salida. Ya se encontraba en la puerta cuando la alcanzó Vance y sujetándola por los hombros la obligó a encararlo.

Ella levantó el rostro sorprendida.

—No quiero que enfermes torturándote con este maldito asunto, pequeña —dijo el sheriff, cariñosamente—. Yo removeré cuanto haga falta hasta dar con la solución.

Acto seguido la besó en los labios.

Chris le dirigió una apagada sonrisa cuando él apartó el rostro.

Ninguno de los dos sospechaba que el horror seguiría con mayor intensidad en torno a ellos.

CAPITULO VIII

Donald Hobbs tenía suficientes motivos para sentirse francamente optimista. El comerciante llegado de Independence había accedido finalmente a quedarse con toda la mercancía que él almacenaba. Y sobre todo pagando un precio bastante aceptable.

Claro que le costó sudar tinta el convencerlo.

Habían permanecido encerrados en el despacho de su almacén desde las diez de la noche hasta las dos y media de la madrugada. Pero se consideraba recompensado del tiempo perdido. Ahora podría dormir tranquilo y estarse en la cama hasta el mediodía siguiente. Con el contrato firmado y el pago inicial ingresado en la caja permanente de su Banco todos sus problemas económicos quedaban solucionados.

El descanso lo tenía bien merecido.

Se detuvo un momento en la acera y levantando el rostro aspiró profundamente el fresco airecillo nocturno. Había preferido dejar el coche en el almacén y caminar hasta su casa por las solitarias calles de la ciudad. Necesitaba estirar las piernas entumecidas después de haber permanecido tanto tiempo encerrado.

Sería como un bálsamo para sus nervios.

Quiso consultar la hora en su reloj de pulsera y entonces se dio cuenta de algo que hasta entonces le había pasado desapercibido: las calles de la ciudad carecían de iluminación suficiente en aquel sector. Pensó quejarse al alcalde Osborn en cuanto se topara con él.

Chasqueó la lengua y siguió anclando sin prisa. Aquélla noche se hallaba demasiado eufórico para ponerse a pensar en reclamaciones al municipio.

De pronto tuvo un extraño presentimiento y se detuvo lleno de desasosiego. Miró a su alrededor con el ceño fruncido, pero no descubrió nada anormal. La calle aparecía desierta en todas direcciones. Sólo vio algunos automóviles estacionados junto a las aceras, cuyos propietarios estarían durmiendo desde hacía horas.

El silencio era total en la penumbra de la calle.

No obstante, se sintió dominado por un influjo misterioso. Quiso continuar caminando, pero algo en su interior se lo impidió. Era como una fuerza sobrenatural que se había metido dentro de él.

Sufrió un profundo escalofrío.

Entonces escuchó un susurro procedente de su izquierda y la sangre se le heló en las venas. Lentamente, casi en contra de su voluntad, empezó a girarse hacia el sitio de donde procedió el susurro.

Y se encontró frente a una calleja envuelta en sombras. Las luces que debían iluminarla habían sido apagadas intencionadamente. Donald sintió que todo su cuerpo se inundaba de un sudor helado. Permaneció largo rato mirando fascinado en dirección a las tinieblas.

Incapaz de moverse.
Con los ojos agrandados por un horror que presentía. Y el susurro volvió a escucharse:
—Donald...
El hombre quiso gritar con todas sus tuerzas, pero de su garganta sólo salió un ronco gemido. Lleno de terror vio que una sombra se destacaba de las tinieblas y avanzaba despacio hacia él. Tuvo la sensación que todo era irreal.
La sombra llegó al límite de la oscuridad y allí se inmovilizó con la mirada puesta en el rostro de Hobbs. Aquellos ojos brillaban inusitadamente anulando por completo su voluntad.
De repente reconoció Donald Hobbs aquellas facciones y musitó aterrado:
—Eddie...
Se escuchó una metálica risita y la cabeza de aquella horrible sombra se movió en sentido afirmativo.
—Me has reconocido, Donald.
—Pero tú... —bisbiseó incrédulo el hombre-—. No puedes ser Eddie Durry.
—Tu voluntad es mía, Donald —empezó a decir suavemente la sombra—. Vas a obedecerme en iodo cuanto te ordene porque no puedes evitarlo. Lo sabes ya, ¿no? Sólo tienes que dejar la mente en blanco y yo me ocuparé del resto. Será muy sencillo dejarte llevar por mí. Y te consta que toda resistencia sería inútil.
Aquellos ojos brillaban cada vez con mayor intensidad.
Donald Hobbs se sintió indefenso ante la poderosa mirada, En los primeros instantes lo dominó un pavoroso terror que recorrió su espina dorsal como un latigazo. Sin embargo, fue calmándose paulatinamente hasta que el miedo desapareció por completo.
La sombra siguió hablando en tono pausado:
—Me obedecerás en todo, ¿verdad, Donald?
—Eddie...
—¡Contesta!
El hombre asintió gravemente.
—Obedeceré lo que me ordenes.
—Eso está bien, Donald —sonrió de forma escalofriante la sombra—. Y sigue pensando que tu voluntad me pertenece. Todo saldrá perfectamente si obedeces.
Acto seguido la sombra movió uno de sus brazos y arrojó un objeto metálico al suelo.
Dejó transcurrir unos segundos y luego dijo al inmóvil Donald Hobbs:
Junto a tus pies hay una pistola, Donald. Quiero que la recojas del suelo y apoyes el cañón en tu sien derecha. Obedece la orden ahora mismo, Donald.
Hobbs siguió inmóvil unos instantes.
Luego se inclinó como un autómata y recogió del suelo una reluciente pistola. Volvió a incorporarse y sin titubeos levantó el brazo apoyando el

cañón en su sien derecha.

—Eso es, Donald —aprobó la sombra—. Ahora sólo hace falta que aprietes el gatillo.

Durante unas décimas de segundo el silencio fue total en la calle. El tiempo dejó de existir.

Dio la impresión de que Hobbs no iba a obedecer la terrible orden de aquella horrenda aparición.

Pero en el sepulcral silencio de la noche crepitó ensordecedoramente un estampido.

* * *

Sam Bailey tuvo un arrebato de rebeldía.

Arrojó la colilla a tierra y la aplastó furiosamente con la suela del zapato. Aquel trabajo de vigilante nocturno era una porquería. Lo obligaba a estar despierto y pasar frío en invierno, mientras todos los ciudadanos de Pretty Village dormían plácidamente en sus camas.

Y luego, durante el día, no podía pegar ojo.

Tenía la desgracia de vivir en las afueras de la ciudad, Precisamente junto a un descampado que utilizaban los malditos jóvenes para poner a punto sus motocicletas. Más de una vez se había levantado decidido a vaciar el cargador de su revólver contra ellos.

Pero siempre se interpuso Donna.

Después de apagar la colilla, dirigió una ojeada a la mercancía que tenía la obligación de vigilar y compuso una mueca escéptica. ¿Quién demonios iba a llevarse un bidón de doscientos litros de aceite o una de aquellas enormes piezas que pesaban casi una tonelada? Para eso se necesitaría un camión y despertar a todos los vecinos de la zona.

Sacó el paquete de cigarrillos y se puso otro en los labios.

Procedió a encenderlo y echó a andar en dirección a la salida. Necesitaba tomar un poco de aire fresco o acabaría asfixiándose dentro del asqueroso local. Abrió la pequeña puerta contigua al portalón metálico de entrada y salida de vehículos, llegando a la acera.

La calle aparecía silenciosa y solitaria.

Dio una fuerte chupada al cigarrillo y aspiró con fruición el humo.

Al salir tenía caliente la frente, pero el fresco aire- cilio de la noche fue despejándolo por momentos. Se quedó frente a la puerta fumando tranquilamente y percibió que sus nervios empezaban a serenarse.

De repente sucedió algo extraño.

Tuvo la segundad de que unos ojos estaban clavados en él con insistencia. Su primera reacción fue la de llevar la mano a la culata del revólver y desenfundarlo.

Pero una risita rasposa lo paralizó.

—No lo hagas, Sam.

El vigilante nocturno se giró con rapidez y observó que la silueta de una persona se vislumbraba junto al quicio del gran portalón. Oculta en las sombras.

—¿Quién es usted? —inquirió amenazadoramente—. Tiene tres segundos para identificarse.

La silueta se despegó del quicio y echó a andar hacia él.

—¿Quieres verme la cara, Sam?

—Quiero...

Bailey enmudeció atónito. El destello mortecino de una lejana farola dio en el rostro de aquella figura. Se quedó largo rato paralizado por la impresión que le produjo el reconocerlo. Cuando finalmente consiguió reaccionar, bisbiseó:

—Eddie..., tú no puedes...

—¿Salir de la tumba. Sam? —Inquirió con sorna la sombra—. Me tienes delante de ti, ¿no?

—Eddie, yo...

Los ojos de la sombra se clavaban en los del vigilante nocturno igual que dardos de fuego. Este sentía que todo daba vueltas a su alrededor y la lengua le parecía una esponja dentro de la boca.

—He venido a buscar tu vida, Sam —anunció la sombra con escalofriante serenidad—.

Si yo di mi vida por ti es lógico que en justa reciprocidad la des tú por mí.

Sam Bailey se pasó una mano por la frente.

—Me duele la cabeza, Eddie.

—No, Sam. Lo que ocurre es que tus pensamientos no te pertenecen ya. Son míos y haré con ellos lo que me he propuesto. Vas a obedecerme ciegamente en todo cuanto te ordene, ¿verdad, Sam?

El vigilante se hallaba completamente dominado por aquella reluciente mirada y asintió moviendo la cabeza despacio.

—Haré lo que tú quieras.

—Así me gusta. Sam. Quiero que saques el revólver que llevas enfundado en la cadera y acerques el cañón a tu cabeza. Hazlo sin prisa.

Sam Bailey desenfundó el arma con mecánicos movimientos y aproximó el cañón a su cabeza. En aquella posición permaneció inmóvil hasta que la sombra le ordenó:

—Aprieta el gatillo, Sam.

El vigilante obedeció la orden y gran parte de su cabeza voló por los aires al sonar el estampido.

CAPITULO IX

Chris Durry abrió la puerta y se encontró frente al sheriff Vance.

—Necesito hablar contigo, Chris —dijo este sin preámbulos—. Es muy urgente.

La chica parpadeó sorprendida. Tan sólo eran las ocho y diez de la mañana. Al sonar la llamada en el carillón había creído que su padre regresaba del hospital.

Todavía sin salir de su sorpresa, argumentó:

—Hoy no iré a trabajar, Burt. He pedido permiso para quedarme en casa.

—Lo sé —cabeceó el sheriff —. Anoche estuve en el hospital y vi a tu padre. Me enteré que el médico había aconsejado hospitalizar a tu madre debido a su precaria salud. Esta mañana he vuelto a pasar por allí y el doctor asegura que se recuperará en unos días.

—¿Has visto a mi padre?

He charlado con él más de un cuarto de hora. Le dije que venía a visitarte, aunque no he querido decirle los motivos que me traían a verte. Por su estado de salud no debes preocuparte.

Chris respiró aliviada al escuchar las noticias que le traía Burt Vance, pero en seguida arqueó las cejas y preguntó interesada:

—¿De qué tenemos que hablar urgentemente, Burt? ¿Y por qué no puede enterarse mi padre?

—Vamos por partes, nena —pidió Vance calmoso, al tiempo que levantaba la cabeza mirando a espaldas de Chris por encima de su hombro—. ¿Se encuentra Genny en casa?

—Naturalmente —respondió la Chica intrigada—. ¿Dónde quieres que esté a esta hora?

Vance movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Claro.

Chris hizo un mohín, apartándose del hueco de entrada.

—Pasa, si de veras es tan urgente eso que vas a decirme. El sheriff chasqueó la lengua.

—Será mejor que vengas a mi coche, Chris —dijo pensativo—. Allí podremos hablar con entera libertad. Estando Genny aquí, no es conveniente que te diga lo sucedido.

—Oye, Burt...

—Por favor —la cortó el sheriff, cogiéndole una mano—. Es muy importante que hablemos.

—¿De qué?

—Te lo diré cuando estemos dentro del coche. Chris siguió sin moverse del sitio.

—¿Y si me niego a ir contigo?

Burt Vance dejó escapar un resoplido.

—No tendré otra alternativa que llevarte a la comisaría.

—¿Detenida?

—Vamos, Chris —mascullό contrariado Vance—. ¿Por qué infiernos complicáis tanto las cosas las mujeres?

La muchacha asintió, esbozando una tenue sonrisa.

—Está bien —accedió—. Pero no estaré más de diez minutos dentro del coche. Si mi nombre va de boca en boca por la ciudad...

Burt Vance echó a andar en dirección al coche que tenia estacionado a escasos metros del jardín de los Durry, sin dejar que Chris acabara la frase iniciada. Ella apretó los labios y lo siguió, dejando la puerta entreabierta tras de sí.

Ya dentro del coche ambos, se giró Vance en el asiento y fue directo al grano:

—¿Has visto a tu hermana esta mañana?

—Sí.

—Quiero decir si has hablado con ella, Chris. La muchacha dejó escapar un suspiro.

—¿A qué viene tanto misterio, Burt? Si es que has averiguado algo nuevo te agradeceré que me lo digas sin rodeos.

—Responde a mi pregunta y luego te pondré al corriente. ¿Has hablado con ella? Chris tardó un poco en contestar.

—Hace un rato entré en su habitación y la desperté con intención de enviarla a la academia. Ella no tiene por qué perder un día de clase. Me dijo que estaba muy cansada y que prefería quedarse en casa, que la dejara seguir durmiendo.

Vance la miró defraudado.

—¿Nada más?

—No te entiendo, Burt.

—¿Genny no habló nada más contigo?

—Bueno... —pensó brevemente Chris—, Cambiamos unas palabras sobre su actitud de no ir a la academia. Pero como suele ocurrir, tuve que dejarla por imposible.

—¿Eso fue todo cuanto habló contigo? Chris frunció el entrecejo extrañada.

—No te entiendo en absoluto, Burt. ¿Quieres dejarte de rodeos y decir de una vez lo que te ha traído a verme? No comprendo por qué razón debíamos hablar de otra cosa Genny y yo.

—Hay una razón muy simple —anunció con énfasis Vance—. Esta madrugada han muerto dos hombres en las mismas circunstancias que Camody y los otros. ¿Por qué no te lo ha dicho Genny?

El rostro de Chris palideció.

Cuando logró salir de su sorpresa, inquirió en un susurro:

—¿Otras dos muertes?

—Eso es —cabeceó Vance—. Podemos llamarlos suicidios o crímenes,

pero el caso es que Donald Hobbs y Sam Bailey se han volado la cabeza de un balazo. ¿Estás segura de que Genny no sabe nada?

La chica encogió levemente los hombros.

—Por lo menos no me lo ha dicho. Aunque te advierto que apenas si he hablado con ella.

Hubo una corta pausa y la rompió Vance comentando:

—Es muy extraño que en esta ocasión no se haya adelantado Genny con la noticia.

—Ya te he dicho que apenas si hemos hablado. El sheriff se masajeó el mentón.

—Sería interesante averiguar si tu hermana está enterada de los acontecimientos. ¿Por qué no vuelves a entrar y la despiertas? Chris lo miró fijamente a los ojos.

—¿Con qué objeto, Burt?

—Me gustaría saber si Genny continúa insistiendo en que Eddie es el autor de estas muertes.

Chris suspiró hondo.

—Escucha. Burt... —empezó a decir lentamente—. Quiero olvidar cuanto se relaciona con este desagradable asunto. Si Genny ha dejado de padecer esas visiones...

Vance levantó la diestra interrumpiéndola con duro acento:

—No puedes eludir tu responsabilidad aunque lo desees fervientemente, Chris. No hace mucho me dijiste que Genny necesitaba ayuda y tú estabas dispuesta a prestársela.

La muchacha lo miró angustiada.

—¿Pero no comprendes que la pesadilla puede haber acabado para mi hermana? Vance sacudió la cabeza tercamente.

—La pesadilla no terminará hasta que el caso quede resuelto por completo, Chris.

¿Quieres responder con sinceridad a una pregunta? Ella no contestó.

Esperó, crispados los labios hasta que Vanee, sin apartar los ojos de su rostro, inquirió:

—¿Tendrías miedo de verte frente a Eddie?

Chris no pudo evitar un respingo. Aquello era lo último que esperaba escuchar en boca de Burt. Quedó unos instantes pensativa y finalmente, preguntó a su vez:

—¿Adónde quieres ir a parar, Burt?

—Contesta a mi pregunta.

—Bueno... —titubeó la muchacha—. No creo que Eddie se pueda aparecer ante mí.

—Eso no responde a mi pregunta —insistió sin abandonar el duro tono Vance—. Lo que quiero saber es si sentirías pánico en caso de verlo ante ti.

Chris apretó los labios y sus ojos relampaguearon. Después de unos segundos, dijo con firmeza:

—No me horrorizaría de ver a mi hermano.

—¿Estás segura?

—Sí.

—De acuerdo —movió la cabeza en sentido afirmativo Vance—. Entonces puedes servirme de gran ayuda.

La chica lo miró con fijeza.

—Ignoro lo que estás pensando, Burt. Pero si se trata de...

—Escucha con atención lo que voy a decirte —volvió a cortarla Vance con un suave ademán—. Tienes que convenir conmigo en que tu hermana se ha convertido en la única pista que puede conducirnos al esclarecimiento de lo que está sucediendo. Todas las personas muertas se han suicidado oficialmente, pero Genny insiste en que Eddie las está matando. ¿Qué ocultos motivos tiene para afirmar eso?

Sin dar tiempo a que Chris respondiera, siguió:

—En mi opinión, sólo Genny puede aclarar el asunto. Y como no querrá colaborar voluntariamente con nosotros, no tenemos otra alternativa que vigilarla las veinticuatro horas del día. Por eso te he preguntado si te causaría miedo ver a Eddie.

Chris arqueó las cejas.

—¿Quieres... que yo vigile a Genny?

—Exacto —asintió el sheriff — Nadie mejor que tú para vigilarla sin despertar sospechas. Se trata de hacerlo constantemente. Pero si tienes miedo de que sea cierto lo que ella dice de Eddie...

—He dicho que no tengo miedo a mi hermano —aseguró Chris con las pupilas muy brillantes—. Sería absurdo tener miedo de Eddie. Siempre hubo un gran cariño entre nosotros.

Vance chasqueó la lengua.

—Olvidas que Eddie está muerto.

Chris no contestó de inmediato. Se estableció un largo inciso y acabó rompiéndolo ella, después de unos segundos de reflexión.

—Haré lo que me pides con una condición.

—¿Cuál?

—Que Genny me hable por propia iniciativa de los dos hombres muertos esta madrugada.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces no cuentes conmigo.

CAPITULO X

Burt Vance estaba malhumorado.

Sentado en su mesa despacho y con varios informes delante de él, pensaba obsesivamente en aquel misterioso caso. Sus conciudadanos comenzaban a hacer cábalas sobre la extraña coincidencia de tantas muertes violentas ocurridas en tan corto espacio de tiempo.

Cinco suicidios eran muchos para una ciudad como Pretty Village.

Nadie se lo decía en la cara, pero Vance sabía que más de uno pensaba en una ola de crímenes y que él trataba de escurrir el bulto por su incapacidad de atrapar al culpable. Aquella misma tarde se había visto en la obligación de echar de su despacho al redactor del Pretty Journal.

El maldito Jim Lowe dejó entrever que él era un inepto.

Y hasta el mismo alcalde Osborn se presentó de improviso aquella tarde con el expreso deseo de escuchar un informe detallado de cuanto estaba ocurriendo. Vance respondió fríamente a sus preguntas y en un momento determinado, puso los informes emitidos por el forense bajo la gruesa nariz de Osborn.

Luego puso su cargo a disposición del alcalde.

Este mascülló un saludo a modo de despedida y abandonó la comisaria a grandes zancadas.

Chris no lo habla llamado en todo el día.

¿Le habría dicho algo Genny de Hobbs y Bailey?

Experimentó cierto resentimiento hacia la muchacha por tenerlo en aquella incertidumbre. En cualquier caso debía haberlo llamado por teléfono.

Todo contribuía a que su humor de perros fuese en aumento.

Delante de él tema los informes del forense relativos a los dos muertos de la pasada madrugada. Donald Hobbs y Sam Bailey se habían suicidado como los otros. ¿Pero de dónde diablos había sacado Hobbs la pistola que utilizó para quitarse la vida?

Durante la mañana había trabajado infructuosamente por averiguarlo. Nadie le facilitó la menor pista.

Y eso que Pretty Village era una ciudad pequeña.

Abstraído en sus pensamientos no se percató de que estaban llamando a la puerta. Cuando lo advirtió echó una instintiva ojeada al reloj, observando que pasaban unos minutos de las once. A continuación autorizó la entrada y la hoja de madera se abrió, asomando por la rendija el semblante de uno de sus ayudantes.

—Aquí hay cuatro personas que quieren verte, jefe.

Vance miró reflexivamente a su ayudante y después de unos segundos, movió la cabeza accediendo:

—Que pasen.

La puerta terminó de abrirse y el ayudante se hizo a un lado, dejando entrar

en el despacho a tres hombres y una mujer. El sheriff arrugó el ceño, incorporándose lentamente.

Delante de él tenía a Glenda Camody, Jim Lowe, el concejal Madigan y el barbero Lene Fulton. Escrutó despacio los cuatro semblantes y viendo que ninguno de los visitantes empezaba a hablar, inquirió en tono seco:

—¿Qué desean?

Jim Lowe, el redactor del Pretty Journal, comentó con una cínica risita:

—Veo que la plena dedicación a resolver el caso te hace olvidar los buenos modales, Burt. Con nosotros viene una dama y ni siquiera te dignas ofrecerle asiento.

Vance crispó los maxilares y sus ojos destellaron fijos en Lowe.

—Sólo puedo concederos unos minutos, periodista —dijo con deliberada brusquedad. Acto seguido se giró a la viuda Camody y suavizando visiblemente el tono de voz, preguntó—: ¿En qué puedo ayudarla, señora Camody?

Lowe volvió a soltar la cínica risita.

—Mc terno que en poco puedes ayudarla, si no lo has hecho ya, Burt. En mi opinión, el cargo de sheriff tendría que estar en manos de...

Burt lo atajó silabeante:

—¿Quieres que vuelva a echarte de este despacho, Jim? Si deseas salir por esa puerta convertido en un obús, sólo tienes que seguir con tus malévolos comentarios.

—Hacen daño, ¿eh?

—Las víboras como tú siempre hacen daño. El semblante de Jim Lowe se encendió de ira.

—Si crees que voy a consentir que abuses de tu autoridad, estás equivocado, Burt. La opinión pública tiene derecho a saber lo que ocurre a su alrededor.

—Pero tú te conviertes en un bicho maligno teclean do la máquina, periodista de pacotilla.

El concejal Madigan, un hombre de mediana edad y rostro apacible, intervino conciliador:

—Vamos a tomarnos las cosas con calma, señores —hizo una pausa y girándose al periodista, pidió—: Te ruego que guardes silencio por ahora, Jim. Ya tendrás ocasión de hablar.

Este dio una ceñuda cabezada de conformidad. Entonces se dirigió Madigan al sheriff:

—No queremos que veas nada personal en esta visita, Burt. Puedo asegurarte que venimos en representación de muchos ciudadanos. Queremos saber si realmente te encuentras desbordado.

Vance clavó una dura mirada en el concejal.

—¿Desbordado en qué sentido, Madigan?

—Bueno... —vaciló el otro—. Mucha gente piensa que en la ciudad ocurren cosas muy extrañas de un tiempo a esta parte.

—En eso estamos completamente de acuerdo.

—Hay quien dice que eso de los suicidios es algo inventado por ti y piensan que tú no estás capacitado para resolver el caso. Hemos venido a que nos expongas claramente la situación.

Vance paseó la mirada por los rostros que tenía delante. Después de un largo silencio, preguntó ásperamente:

—¿Con qué autoridad, Madigan?

—Venimos en representación del pueblo, Burt.

—No. Madigan —rechazó Vance—. Han venido espoleados por los infundios de Jim Lowe. Hace un rato vino a verme el alcalde y puse ante él los informes que he recibido en cada caso del forense. Si quieren información, vayan a verlo.

El concejal Madigan sacudió la cabeza con pesar.

—Esa postura no te favorece en absoluto, Burt. Vance rió con acritud.

—Piensan echarme a un lado en las próximas elecciones, ¿eh? Madigan lo miró fijamente a los ojos.

—La prensa tiene una influencia decisiva entre los electores y haces mal olvidándolo — silabeó tenso—. Unos artículos desfavorables para un candidato... y se hunde.

Vance dejó escapar una risita sardónica.

—Esa amenaza no me quitará el sueño, Madigan. Cuando acabe este caso, presentaré la dimisión con carácter irrevocable. Estoy harto de los asquerosos ciudadanos de Pretty Village —hizo una corta pausa y señalando la puerta con un ademán agregó—: Si no tienen nada más que añadir les agradeceré que salgan de mi despacho. Todavía sigo siendo el representante de la ley en esta ciudad.

El periodista Jim Lowe apretó rabioso los maxilares.

—Aún no he terminado contigo, Burt.

—Pero yo contigo, si, Jim. Largo de aquí, si no quietes que te eche a patadas.

—Si piensas que...

Vance cortó sus protestas con un seco ademán.

—Fuera, bicho.

La viuda Camody dio un paso al frente y mirando con frialdad a Vance, acusó severamente:

—Usted no cumple con su obligación, sheriff.

Burt Vance arrugó el entrecejo y la miró incrédulo. Cuando se repuso de la sorpresa, inquirió con sorna:

—¿Y eso lo dice usted, señora Camody? Cuando la interrogué después de la muerte de su marido se negó tercamente a colaborar conmigo. Se hizo la muda y no quiso responder a ninguna de mis preguntas. Y su deber era colaborar con la ley. ¿Ahora me viene con obligaciones?

Glenda Camody reflejó en el rostro una mueca de desprecio.

—Usted se empeñó en que Van se había suicidado y yo nunca lo admitiré.

—Eso no es cierto, señora Camody—rebatió Vance—. Cuando la visité aquella mañana aún no sabía que fuese suicidio. Y en ningún momento mencioné esa palabra hasta que usted apuntó tal posibilidad.

Las mejillas de Glenda Camody se encendieron.

—¡Eso es mentira!

Los ojos del sheriff relampaguearon fugazmente. Con las facciones tensas, rodeó la mesa y dirigiéndose a la salida, abrió la puerta de par en par. Mirando fríamente a los reunidos, silabeó:

—Fuera todos de mi despacho.

El concejal Madigan se puso pálido como la cera.

—Oiga, Burt... —empezó a gangosear, dejando súbitamente de tutearlo—. Esto le puede costar caro a...

—He dicho que fuera, concejal —lo interrumpió Vance, enérgico—. Sigo siendo la autoridad en la ciudad y no puedo perder más tiempo con ustedes.

Los tres hombres acusaron visiblemente la acción del sheriff. Sus pálidos semblantes mostraban bien a las claras que a duras penas lograban dominar la ira que los corroía.

En cuanto a Glenda Camody, levantó altivamente la cabeza y salió rápidamente del despacho con altanería, después de lanzar una mirada despectiva a Vance.

Sus tres acompañantes acabaron por seguirla enfurecidos.

Cuando el último de ellos hubo salido, cerró Vance la puerta violentamente. Luego respiró con fuerza e imprecando una maldición contra aquellos mequetrefes, regresó a su mesa, encendiendo un cigarrillo.

Estuvo fumando unos minutos sin conseguir centrar sus ideas.

Y de pronto sintió que algo extraño lo hacía estremecer. En los primeros instantes no pudo explicarse qué hecho motivaba aquella rara sensación que se había apoderado de él. Luego SUPO instintivamente que unos ojos lo estaban mirando desde alguna parte.

Lentamente, con los nervios en tensión, se fue girando hacia la ventana que daba a la calle. Apenas hubo terminado su movimiento, sintió que la sangre corría por sus venas como agua helada.

En la oscuridad reinante al otro lado del cristal, se distinguía con nitidez el rostro cerúleo de Eddie Durry.

CAPITULO XI

Burt Vance reaccionó con una lentitud que no era habitual en él.

Durante un período de tiempo que jamás podría establecer estuvo mirando atónito aquel cadavérico semblante. Su cerebro fue incapaz de emitir una orden racional a sus músculos y permaneció inmóvil, con los ojos desorbitados.

Las brillantes pupilas de Eddie ponían algodón en sus piernas.

El sheriff cerró los ojos y concentró toda la fuerza que pudo desarrollar en la mente.

Luego salió bruscamente de su abstracción y saltó en pie, llevando la diestra a la culata del revólver. Cuando consiguió desenfundarlo, disparó frenético contra la ventana.

Pero el rostro de Eddie ya había desaparecido en la oscuridad.

Vance corrió hacia la salida y al abrir la puerta tropezó con su ayudante, que venía en sentido contrario con una pistola empuñada. Al ver a su superior con las facciones desencajadas, inquirió perplejo:

—¿Qué ha ocurrido, jefe? Si esos canallas han intentado... Vance lo cortó con voz vibrante:

—No es lo que piensas, Clement. Acompáñame.

—¿Contra quién ha disparado, jefe?

El sheriff se dirigió corriendo a la salida del edificio, mientras gritaba a su ayudante:

—¡Tenemos que alcanzar a Eddie Durry, antes de que escape!

Clement había echado a correr en pos de su jefe, pero al escuchar las palabras de éste, se detuvo en seco, como si hubiera chocado contra un muro invisible.

En su rostro se plasmó una expresión de infinito asombro.

Luego chasqueó la lengua y sacudiendo la cabeza con hondo pesar, aconsejó calmoso:

—Le conviene tomarse un descanso, jefe. Ha trabajado mucho últimamente y...

Vance ya se encontraba en la puerta de salida y al escucharlo, se volvió como una centella bajo el dintel. Mirándolo iracundo, ordenó con increíble fiereza:

—¡Ayúdame a buscarlo, infiernos! Clement se atragantó, jadeando:

—Eddie Durry está convertido en cenizas, jefe.

—¿No comprendes que tenemos que dar con él, idiota? Es la única posibilidad de resolver el caso.

—Para encontrarlo, sólo tenemos que ir al cementerio...

Vance levantó fríamente el revólver y lo amartilló apuntándole al entrecejo.

—Vas a cumplir con tu obligación o te vuelo esa cabezota de imbécil que

tienes, Clement —amenazó torvo—. Empieza a moverte, si no deseas recibir un plomazo.

El ayudante lo siguió a la calle como un autómata. Tan pronto pisaron la acera, señaló Vance a la izquierda y ordenó con rapidez al estupefacto Clement:

—Busca tú por ese lado y yo lo haré por éste. Si te encuentras frente a Eddie Durry no lo pienses y dispara a matar. Es lo que debes hacer, si quieres conservar la vida.

Clement estuvo a punto de decirle que si se topaba con Durry las piernas le darían en el culo, corriendo en sentido opuesto. Pero no hizo ningún comentario que pudiese exasperar al sheriff.

Sin esperar la conformidad de so ayudante, se lanzó Vanee a la carrera hacia la derecha.

Clement se quedó allí unos segundos y finalmente, encogió los hombros fastidiado. Echó a andar pensando que Vance no estaba en sus cabales debido a los reveses sufridos últimamente. Pero él tenía la obligación de obedecerlo.

Buscaría al muerto y ya se vería quién corría más.

Entretanto, Vance había llegado a la primera travesía y echó un vistazo, observando que se hallaba envuelta en la más completa oscuridad. Sin pensarlo dos veces, se internó en la calleja escrutando las sombras que lo rodeaban.

Adoptó precauciones y avanzó pegado a la pared, con el cañón del revólver apuntado al frente. Con todos los músculos en tensión y decidido a disparar si era preciso.

Jamás había creído en apariciones sobrenaturales; pero los hechos que estaban viviendo hacían tambalear sus convicciones. Resultaba tan extraño todo aquello...

Mientras avanzaba tuvo la sensación de que era observado por aquellos ojos brillantes, repugnantes... Pero sus pupilas no habían tenido tiempo de habituarse a la oscuridad de la calleja y aunque miró en todas direcciones, no pudo descubrir nada.

Conteniendo la respiración, se detuvo en el hueco de una puerta, apoyando la espalda en el quicio.

Un silencio absoluto lo envolvía. Para volverse loco.

Muy a pesar suyo, sintió que un repentino miedo contra el que nada podía hacer, se apoderaba de todo su ser. Se dijo a sí mismo que debía dominarlo para enfrentarse con posibilidades de éxito al ser endemoniado que perseguía.

Estaría irremisiblemente perdido si se dejaba llevar por el terror. Tenía que sobreponerse.

Respirando con fuerza, recuperó parte de su aplomo y siguió avanzando. Sentía la frente perlada de un sudor frío que resbalaba hasta sus ojos, enturbiándole la visión. Con el dorso de la zurda se restregó el rostro, limpiándose.

De pronto escuchó un quedo susurro a su izquierda y se revolvió como una

centella. Trató de penetrar la oscuridad con sus ojos, pero le fue imposible. Tuvo la certeza de que el fantasma de Eddie Durry estaba cerca y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

La sangre corrió tumultuosa por sus arterias.

El revólver tembló en su mano, apuntando al frente. Estuvo a punto de apretar el gatillo.

Pero citando quiso curvar el dedo no pudo hacerlo. Una misteriosa fuerza sobrenatural metida dentro de su cuerpo se lo impedía. La cabeza empezaba a darle vueltas y sus articulaciones se ponían rígidas.

Entonces azotó su rostro una ráfaga de aire helado.

—Burt...

Vance se había quedado paralizado

En las tinieblas, muy próximos a él, vislumbró el brillo inusitado de unos ojos incandescentes. Un poderoso influjo irradiaba de ellos y tuvo el convencimiento de que nada podía hacer para defenderse de aquella estremecedora influencia.

Estaba completamente indefenso.

—Burt... —volvió a susurrar quedamente la voz—. ¿Por qué te empeñas en perseguirme?

El sheriff respondió con impersonal entonación:

—Eddie, yo...

—Debes comprender que estoy muy por encima de vuestras leyes. Es necesario que continúe mi plan de venganza y para eso tengo que deshacerme de ti. Lo comprendes, ¿verdad, Burt?

Vance seguía fascinado por aquella mirada.

En lo más recóndito de su ser, algo le ordenaba imperiosamente que debía resistir con todas sus fuerzas el influjo horrendo de Durry. Abandonándose a los planes de aquel ente maligno, sólo conseguiría una muerte inútil.

Cerró los ojos y sosteniendo el revólver con cierta firmeza, conminó roncamente:

—Entrégate a la ley, Eddie.

—No pidas ese absurdo a un cadáver, Burt.

—Quiero estar seguro de...

Una metálica risita arañó sus oídos.

—Eres un iluso, Burt.

—Tendré que disparar sobre ti, Eddie. No me obligues.

—Tu voluntad es mía y apretar el gatillo es una tarea superior a tus fuerzas, Burt. Sólo podrás hacerlo cuando yo te lo ordene y entonces el cañón estará apoyado en tu sien. ¿Te das perfecta cuenta de que estás en mi poder?

Vance sacudió la cabeza, ilutando desesperadamente de ofrecer el máximo de resistencia.

—Voy a impedirte eso que pretendes. Eddie. Aún no me tienes en tu poder. Puedo...

—No puedes evitarlo. Burt —siguió la voz en tono suave—. Sabes que

obedecerás todas mis órdenes sin oponerte. Abre los ojos y mira fijamente a los míos.

—No...

—¡Mírame, Burt!

Vance despegó los párpados y volvió a clavar la mirada en aquellas relucientes pupilas. Desde aquel momento supo que nada podría hacer en su defensa.

Toda la resistencia había fracasado.

Eddie Durry continuó hablando con suavidad:

—Ahora ya estás dispuesto a obedecerme, ¿verdad, Burt? Vance movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, Eddie.

—Muy bien, Burt. Te ordeno que levantes el revólver y apoyes el orificio del cañón en tu sien. Hazlo despacio para que yo pueda experimentar todo el placer que deseo.

El sheriff no vaciló.

Lentamente, fue subiendo la mano armada hasta que el extremo del cañón rozó su sien. La desagradable risita volvió a escucharse en el silencio de la noche.

—Perfecto, Burt. Ahora aprieta el gatillo

CAPITULO XII

—¡Nooo...!

El aullido desgarrado que paralizó momentáneamente toda acción, partió de la entrada a la calleja. Burt Vance parpadeó repetidas veces sin llegar a oprimir el gatillo.

Aquel grito desesperado actuó como un campanillazo de alarma en su cerebro.

La fantasmal sombra de los ojos incandescentes tampoco esperaba la intromisión. Se volvió lentamente hacia la silueta que entraba a toda prisa en la calleja y levantó uno de los brazos.

—¡Quieta dónde estás, Chris!

Chris Durry que había gritado horrorizada al darse cuenta de lo que estaba a punto de suceder en el callejón, frenó su carrera y se inmovilizó en el centro de la calzada.

Con voz angustiada, suplicó:

—Por el amor de Dios...

Las brillantes pupilas seguían clavadas en su figura.

—Vuelve a casa, Chris. Obedece si no quieres que te sacrifique a ti también.

Poco a poco se fue serenando Chris. Los siguientes segundos transcurrieron con exasperante lentitud. Con la respiración todavía entrecortada y el corazón golpeándole aceleradamente dentro del pecho, volvió a implorar:

—No... lo hagas.

Las pupilas de Eddie brillaron intensamente.

—Regresa a casa, Chris.

—No.

—Hacerte daño sería penoso para mí —dijo Eddie, en tono pausado—. No me obligues, Chris. Si te conviertes en un estorbo para mis planes, tendré que acabar contigo.

Chris miraba fijamente a la siniestra figura.

—Estás cometiendo una terrible equivocación —dijo despacio—. Lo que papá quiso decir...

—¡No quiero escucharte! —La cortó con voz vibrante Eddie— Lo que estoy haciendo es justo y nadie impedirá que llegue hasta el final. Ni siquiera permitiré que te interpongas tú,

—¿Cuál es el final? —Inquirió horrorizada Chris—. ¿Cuándo piensas detenerte?

—El final está lejos todavía.

—¿Mc comprendes que es una venganza absurda?

—¡Es justicia! —Rugió Eddie—. He dicho que no deseo hacerte daño pero no dudaré en eliminarte si pretendes obstaculizar mis justos propósitos.

Chris estaba rígida, con todo el cuerpo en tensión. Al escuchar nuevamente la amenaza, movió la cabeza en terca negativa.

—No pienso permitir que sigas matando a personas inocentes No tiene ningún sentido. Necesitas cuidados médicos y sólo si olvidas la venganza podrás recibirlos.

—Quieres que lo deje todo y me ponga en manos de un psiquiatra, ¿no?

—Es lo mejor para todos.

—No seas imbécil, Chris. Voy a pedirte por última vez que regreses a casa. Chris apretó los labios con firmeza.

—No lo haré.

La tétrica figura emitió un suspiro.

—Lo siento por ti.

Acto seguido, sus ojos fulguraron en la oscuridad clavándose con fuerza en los de Chris. La muchacha sintió que todo comenzaba a dar vueltas en su cabeza.

Eddie fue diciendo, lentamente:

—Toda reacción quedará anulada en ti, Chris. Desde este instante me pertenece tu voluntad y haré de ella lo que quiera. Sabes que no puedes ofrecer resistencia porque te encuentras bajo mi dominio. Estás muy cansada, ¿verdad? Dejarte llevar es lo más cómodo.

Chris quiso levantar una mano con intención de pasársela por la frente, pero resultó un esfuerzo superior a sus fuerzas. Sintiéndose agotada, musitó:

—No quiero...

—Tienes que obedecerme, Chris —siguió Eddie—. Tu voluntad es débil y careces de fuerza. Mi poder sobre ti es absoluto y ya estás totalmente dispuesta a seguir mis órdenes sin titubeos. Ahora vas a quedarte inmóvil y en silencio. ¿Lo harás, Chris?

La muchacha dio una grave cabezada.

—Sí.

—Eso es, Chris. Lamento tener que hacer esto contigo, pero no me has dejado otra alternativa. No te muevas.

Chris se quedó tan quieta como una estatua.

Entonces se giró Eddie hacia Vance que seguía con el cañón del revólver apoyado en su sien.

—Voy a cambiar las órdenes, Burt —dijo en tono autoritario—. Quiero que apartes el cañón de tu cabeza y apuntes a Chris. Ella debe morir antes que tú.

El sheriff obedeció mecánicamente. Bajó despacio la mano que empuñaba el arma y la alejó de su frente. Luego extendió el brazo, y con impresionante frialdad, apuntó a Chris.

—Así me gusta, Burt —sonrió tenue Eddie—. Comprendes que Chris debe morir, ¿no? Vance movió la cabeza afirmativamente.

—Sí.

—Tú tienes que matarla, Burt.

—La mataré.

—No puedes fallar a esta distancia. Chris esperará sin moverse a que dispares.

—No fallaré.

—Muy bien, Burt. Apunta a su cabeza y dispara.

* * *

El ayudante Clement se cansó pronto de dar vueltas por las proximidades de la comisaría.

Buscar a un muerto ambulante por las calles de la ciudad era cosa de chiflado y él no se consideraba un idiota. Nunca pudo imaginar que Burt llegara a perder la cabeza hasta tal punto.

Pensó que era inútil seguir buscando y decidió volver.

Regresó a la comisaría creyendo que Vance ya estaría en ella, pero su jefe no estaba allí. Clement dejó escapar un resoplido y dudó en lo que debía hacer. Finalmente optó por buscar al sheriff y comunicarle que Durry no aparecía por ninguna parte.

¿Cómo diablos podía aparecer un fantasma?

Echó a andar en la misma dirección que había seguido su jefe imprecando una maldición.

Tan pronto llegó a la primera esquina escuchó algunas palabras sueltas y arrugó el ceño sorprendido. Avanzó con cautela guiándose por el rumor de las voces que llegaban ininteligibles hasta él.

Sin abandonar las precauciones se arrodilló junto a la esquina y asomó la cabeza escrutando las tinieblas del callejón. Entonces pudo escuchar con nitidez algunas palabras y sintió que un escalofrío recorría su espina dorsal.

Aquello era increíble.

Pero todavía fue mayor su perplejidad cuando la luna se libró de unas nubes y desparramó su amarillenta luz sobre las personas que estaban en la calleja.

¡Uno de ellos era Eddie Durry!

Se encontraba entre Vance y su hermana ordenando al sheriff algo monstruoso. Clement no podía creer que Eddie quisiera la muerte de Chris y, sin embargo, eso era lo que estaba ordenando a Vance. Le pedía que la ejecutara.

Con ojos desorbitados vio Clement que su jefe levantaba lentamente el revólver y apuntaba a la muchacha. Durante décimas de segundo que a él le parecieron siglos, no supo qué hacer. Pero se dio cuenta de que debía actuar con rapidez si quería impedir un asesinato a sangre fría. Porque Burt Vance estaba a punto de apretar el gatillo del arma que empuñaba y el balazo acabaría inexorablemente con Chris.

¿Cómo podía disparar Vance contra la mujer de la que estaba enamorado profundamente?

De repente, tomó Clement una decisión.

Desenfundó con extraordinaria rapidez su pistola y sin apenas apuntar disparó a los pies de su jefe.

El disparo sonó como un cañonazo en el silencio de la calleja y la bala aulló rebotando en el asfalto a escasos centímetros de los pies del sheriff.

La siniestra sombra chilló asustada al crepitar el estampido. Giró la cabeza hacia la entrada de la calleja y vio a Clement dispuesto a disparar de nuevo.

Entonces tuvo una reacción humana.

Corrió asustada en dirección a la salida opuesta de la estrecha calle, desentendiéndose de Chris y Vanee. Debía ponerse a salvo de los balazos de Clement.

Los dos jóvenes quedaron solos.

Vance sintió que lentamente iba saliendo de un profundo pozo en tinieblas. Al dejar de recibir el influjo de Eddie sobre su persona, comenzó el retorno a la realidad. Parpadeó repetidas veces sin saber exactamente donde se encontraba y, de pronto, se sintió aferrado por los brazos y sacudido con fuerza.

—¡Por Dios, Burt!

Chris lo estaba zarandeando angustiada.

Miró con expresión idiotizada el rostro de la chica y preguntó, perplejo:

—¿Qué ha sucedido?

—Hemos estado hipnotizados, Burt —fue explicando Chris, llena de excitación—. Es milagroso que estemos vivos.

En aquel momento sonaron fuertes truenos y empezó a llover.

El joven iba recuperando gradualmente su propia personalidad y ya podía pensar por su cuenta. Echando una mirada al revólver que aún sostenía empuñado, comprendió que la muchacha estaba en lo cierto. Por su cerebro pasó fugazmente el recuerdo de un sueño horrible.

Un sueño en el que apuntaba con el revólver a Chris y estaba decidido a oprimir el gatillo.

Pasándose el dorso de la zurda por la frente, murmuró:

—No puedo comprender…

Clement llegaba en aquel momento a la carrera y deteniéndose jadeante frente a su jefe, extendió el brazo señalando al otro extremo del callejón.

—¡Ha huido por allí, Burt!

Vance miró en la dirección que indicaba su ayudante y durante unos segundos fue incapaz de reaccionar. El propio Clement tuvo que espolearlo, agregando:

—Debemos darnos prisa si queremos impedir que se escape. Chris sujetaba los brazos de Vance mirándolo ansiosa.

—Deja que escape, Burt —suplicó sin soltarlo—. Ya no puede hacer daño a nadie más. La lluvia arreciaba por momentos.

Vance pareció salir bruscamente del aletargamiento en que se encontraba inmerso y se desprendió con suavidad de las manos de la chica. Sacudiendo la

cabeza con pesar, dijo:

—Para que no haga más daño tenemos que cazarlo. Chris.

—Estás equivocado, Burt. Yo puedo decirte... —Vamos ya, jefe —apremió impaciente Clement—. Si no nos damos prisa en perseguirlo escapará.

Vance comprendió que su ayudante tenía razón. Palmeando afectuosamente la mejilla de Chris pidió:

—Quédate aquí, nena.

Acto seguido hizo una seña a Clement echando a correr hacia el extremo de la calleja por el que había desaparecido la silueta de Eddie. Sin necesidad de girarse supo que su ayudante lo seguía.

Ya alcanzaban ambos hombres la salida del callejón cuando Chris gritó algo que ninguno de los dos llegó a entender debido al raido de la lluvia que caía cada vez con más fuerza.

Llegaron a una calle ancha con bastantes automóviles estacionados junto a las aceras.

A través de la cortina de agua vio Vance que la figura escapaba a toda prisa.

Iba unos cuarenta o cincuenta metros delante de ellos. Acelerando el ritmo de la carrera, gritó:

¡Vamos, Clement!

Ambos apretaron de firme y la distancia que los separaba empezó a disminuir. Eddie se metió entre dos coches estacionados cruzando a la otra acera. Llegó a la siguiente esquina y dobló por ella corriendo desenfrenadamente.

Vance y Clement siguieron corriendo.

Cuando llegaban a la esquina por la que acababa de doblar Eddie escucharon un fuerte chirrido de frenos. Y acto seguido el ruido de un golpe precedido de un aullido infrahumano.

Los dos hombres llegaron a la esquina y se detuvieron impresionados. La lluvia seguía cayendo implacable.

En el centro de la calle había un coche atravesado y a unos cinco metros de distancia vieron un cuerpo tendido grotescamente sobre el asfalto.

El conductor del vehículo descendía precipitadamente y repetía, anonadado:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Vance y su ayudante se fueron acercando lentamente al cuerpo yacente. En el momento en que llegaban junto a él escucharon un grito desesperado a espalda de ellos.

—¡Genny!

Los dos policías se giraron sorprendidos y vieron que Chris los rebasaba arrodillándose lentamente junto al cuerpo caído. Vance observó impresionado que cogía la cabeza de aquella persona entre sus brazos apretándola contra su pecho.

La lluvia cayó abundantemente sobre el rostro inerte.

Y a los pocos segundos, arrastrado hacia el asfalto el maquillaje, reconoció Vance a la persona que tenía Chris abrazada.

¡Era la pequeña Genny Durry!

FINAL

—¿Podía poseer poderes hipnóticos Genny Durry, doctor?

—Sin lugar a dudas, sheriff —respondió gravemente el doctor Joseph Clark—. Usted mismo sufrió la experiencia, ¿no?

Burt Vance dio una cabezada afirmativa.

—En efecto.

—¿Entonces...?

—Pero a los trece años es increíble que... El doctor Clark lo cortó haciendo un gesto.

—La hipnosis no es más que una fuerza magnética que irradia poderosamente un cerebro potenciado a un nivel superior al normal. Aunque no es frecuente, una persona de trece años puede poseer el poder mental suficiente para hipnotizar a sus semejantes. Vance dejó escapar un gruñido.

—¿Hasta el punto de obligarlos a quitarse la vida? El médico asintió.

—Un sujeto hipnotizado deja de tener entidad propia y desde ese instante pasa a depender del hipnotizador. Hará sin vacilar todo cuanto le ordene éste. Si tenemos en cuenta que el hipnotizador puede crear un estado de angustia ilimitada en la persona que está en su poder mentalmente, se explica que ésta llegue a quitarse la vida.

El sheriff se masajeó el mentón.

—Comprendo.

Hubo un silencio que rompió el doctor Clark, preguntando:

—¿Puedo yo hacerle ahora unas preguntas, sheriff ?

—Desde luego.

El médico titubeó brevemente sin saber por dónde empezar.

—Siento gran curiosidad por conocer los detalles del caso de Genny —dijo finalmente—. Desde un punto de vista médico, claro.

Vance dio una cabezada.

—Pregunte, doctor. Usted sabrá guardar el secreto de cuanto pueda decirle yo. El doctor Clark se masajeó el mentón pensativo.

—¿Qué pudo desequilibrar la mente de esa niña?

—Lo explica detalladamente en el diario.

—¿Han encontrado un diario?

—Lo encontró Chris aquella misma noche —explicó Vance—. Después de la cena subió a la habitación de Genny y comprobó alarmada que la niña se había fugado. En realidad la vigilaba por indicación mía. AI comprobar que su hermana no estaba en la habitación y viendo que va era de noche, su primera intención fue llamarme por teléfono. Pero casualmente descubrió un diario en el que Genny iba escribiendo todo cuanto hacía. Lo leyó horrorizada y luego decidió acudir cuanto antes a mi oficina. Y afortunadamente, llegó a tiempo de salvarme la vida.

El médico vaciló antes de preguntar:

—¿Podría leer yo ese diario?

—Bueno... —empezó Vance—. El diario de Genny pertenece a su familia y es Harold Durry quien tiene que conceder la autorización. Pero yo puedo explicárselo todo, doctor.

—Adelante, sheriff.

Vance tardó unos instantes en comenzar a hablar.

—El día que enterramos los restos de Eddie, su padre hizo un comentario delante de la pequeña que es la clave de todo lo sucedido. Harold Durry dijo que Eddie había muerto por la patria y que la patria eran en verdad todos los ciudadanos de Pretty Village. Genny adoraba a su hermano y con su enfermiza imaginación pensó que si Eddie había muerto por sus conciudadanos era lógico que ellos murieran por él. Entonces decidió exterminarlos aprovechando su poder hipnótico. Como Eddie era de baja estatura, la niña quiso dar más realismo a su venganza y cada noche se maquillaba apareciendo ante sus víctimas con el aspecto de su hermano. Un caso alucinante como puede ver.

El doctor Clark movió la cabeza gravemente.

—No cabe duda de que la mente de Genny Durry quedó traumatizada con la desaparición de su hermano. El detalle más insignificante podía convertirla en un verdadero monstruo. Como así sucedió en realidad.

—Y quería hacernos creer que Eddie volvía del más allá para eliminar a esos desgraciados.

—A eso lo llamamos médicamente autodefensa inconsciente, sheriff. No es la primera vez que ocurre con sujetos desequilibrados. Me interesaría mucho leer lo que escribió la pequeña Genny en el diario. Podría emitir un juicio bastante aproximado.

—¿Y de que serviría eso ya, doctor?

—Es curiosidad médica, sheriff.

Burt Vance sacudió la cabeza.

—Hablaré con Harold Durry.

* * *

El paisaje que se divisaba desde aquella carretera de montaña era maravilloso. Pero ninguno de los dos ocupantes del coche tenía ánimos para contemplarlo admirativamente.

Burt Vance rompió el largo silencio establecido desde que salieron de Pretty Village.

—¿Que han dicho los médicos que atienden a tu madre, Chris?

—Creen que acabará por sobreponerse —respondió en voz baja la muchacha—. Los seres humanos tenemos, dentro de nuestros cuerpos unas reservas increíbles.

Vance chasqueó la lengua.

—Tenéis que hacer lo posible por olvidar esta pesadilla.

—Pero es tan horrible...

El joven pasó el brazo por los hombros de Chris y la atrajo suavemente contra su pecho. Besando amorosamente sus rubios cabellos, musitó en tono quedo:

—Yo te ayudaré a olvidar, amor mío.

Chris levantó el rostro y lo miró al fondo de los ojos.

Durante unos segundos permanecieron mirándose en silencio.

Luego la apretó Burt con más fuerza y sus bocas se buscaron con súbita avidez.

Fue una caricia casi desesperada.

Quizá un refugio para olvidar tanto horror.

FIN